

fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamas parecieron las coyunturas. — Este capon no tiene coyunturas, exclamaba el infeliz sudando y forcejeando, más como quien cava que como quien trincha. ¡Cosa más rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal, como si tuviera escama, y el capon, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente, como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fué general y la alarma llegó á su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó á inundar mi limpísima camisa: levántase rápidamente á este punto el trinchador, con ánimo de cazar al ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene á la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posicion perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capon y el mantel; corre el vino, aumentase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capon en el plato

de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinacion, y una lluvia maléfica de grasa descende como el rocío sobre los prados, á dejar eternas huellas en mi pantalon color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retírase atolondrada, sin acertar con las excusas; al volverse tropieza con el criado, que traia una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusion. — ¡Por San Pedro! exclama dando una voz Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa. — Pero sigamos, señores, no ha sido nada, añade volviendo en sí.

¡Oh, honradas casas donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huid del tumulto de un convite de dias! Sólo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay más desgracias? ¡Santo cielo! ¡Sí, las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despe-

dir á los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; D. Leandro me hace probar el manzanilla exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañon de su chimenea; por fin ¡oh última de las desgracias! crece el alboroto y la conversacion, roncás ya las voces piden versos y décimas, y no hay más poeta que Fígaro. — Es preciso. — Tiene usted que decir algo, claman todos. — Désele pié forzado; que diga una copla á cada uno. — Yo le daré el pié: *A don Braulio en este dia.* — Señores ¡por Dios! — No hay remedio. — En mi vida he improvisado. — No se haga usted el chiquito. — Me marcharé. — Cerrar la puerta. — No se sale de aquí sin decir algo. Y digo versos por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla y el humo y el infierno.

Á Dios gracias, logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonium*. Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos á mi alrededor.

¡Santo Dios, yo te doy gracias, exclamo respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros y que oye ya apenas sus ladridos; para de aquí

en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores; líbrame de los convites caseros y de dias de dias; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento, en que sólo se pone la mesa decente para los convidados, en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones, en que se hacen finezas, en que se dicen versos, en que hay niños, en que hay gordos, en que reina, en fin, la brutal franqueza de los castellanos viejos! Quiero que si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un *roastbeef*, desaparezea del mundo el *beefsteack*, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos y beban, en fin, todos ménos yo la deliciosa espuma del Champagne.

Concluida mi deprecacion mental, corro á mi habitacion á despojarme de mi camisa y de mi pantalon, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres ni la misma delicadeza cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome y vuelvo á olvidar tan funesto dia entre el corto número de gentes que piensan que viven sujetas al provechoso

yugo de una buena educacion libre y desembarazada, y que finjen acaso estimarse y respetarse mutuamente para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentacion de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

VUELVA USTED MAÑANA.

Gran persona debió de ser el primero que llamó pecado mortal á la pereza; nosotros, que ya en uno de nuestros artículos anteriores estuvimos más serios de lo que nunca nos habíamos propuesto, no entraremos ahora en largas y profundas investigaciones acerca de la historia de este pecado, por más que conozcamos que hay pecados que pican en historia, y que la historia de los pecados sería un tanto cuanto divertida. Convengamos solamente en que esta institucion ha cerrado y cerrará las puertas del cielo á más de un cristiano.

Estas reflexiones hacia yo casualmente no hace muchos dias, cuando se presentó en mi casa un extranjero de estos que en buena ó en mala parte han de tener siempre de nuestro país una idea exagerada é hiperbólica, de estos que ó creen que los

hombres aquí son todavía los espléndidos, francos, generosos y caballerescos seres de hace dos siglos, ó que son aún las tribus nómadas del otro lado del Atlante: en el primer caso vienen imaginando que nuestro carácter se conserva tan intacto como nuestra ruina; en el segundo vienen temblando por esos caminos, y preguntan si son los ladrones que los han de despojar los individuos de algun cuerpo de guardia establecido precisamente para defenderlos de los azares de un camino, comunes á todos los países.

Verdad es que nuestro país no es de aquellos que se conocen á primera ni segunda vista, y si no temiéramos que nos llamasen atrevidos, lo compararíamos de buena gana á esos juegos de manos sorprendentes é inescrutables para el que ignora su artificio, que estribando en una grandísima bagatela, suelen despues de sabidos dejar asombrado de su poca perspicacia al mismo que se devanó los sesos por buscarles causas extrañas. Muchas veces la falta de una causa determinante en las cosas nos hace creer que debe de haberlas profundas para mantenerlas al abrigo de nuestra penetracion. Tal es el orgullo del hombre, que más quiere declarar en alta voz que las cosas son incomprendibles cuando no las comprende él, que

confesar que el ignorarlas puede depender de su torpeza.

Esto no obstante, como quiera que entre nosotros mismos se hallen muchos en esta ignorancia de los verdaderos resortes que nos mueven, no tendrédmos derecho para extrañar que los extranjeros no los puedan tan fácilmente penetrar.

Un extranjero de estos fué el que se presentó en mi casa, provisto de competentes cartas de recomendacion para mi persona. Asuntos intrincados de familia, reclamaciones futuras, y áun proyectos vastos concebidos en Paris de invertir aquí sus cuantiosos caudales en tal cual especulacion industrial ó mercantil eran los motivos que á nuestra patria le conducian.

Acostumbrado á la actividad en que viven nuestros vecinos, me aseguró formalmente que pensaba permanecer aquí muy poco tiempo, sobre todo, si no encontraba pronto objeto seguro en que invertir su capital. Parecióme el extranjero digno de alguna consideracion, trabé presto amistad con él, y lleno de lástima traté de persuadirle á que se volviese á su casa cuanto ántes, siempre que sériamente trajese otro fin que no fuese el de pasearse. Admiróle la proposicion, y fué preciso explicarme más claro.—Mirad, le dije, monsieur Sans-délai, que así se llamaba; vos

venís decidido á pasar quince dias, y á solventar en ellos vuestros asuntos.—Ciertamente, me contestó. Quince dias, y es mucho. Mañana por la mañana buscamos un genealogista para mis asuntos de familia; por la tarde revuelve sus libros, busca mis ascendientes, y por la noche ya sé quién soy. En cuanto á mis reclamaciones, pasado mañana las presento fundadas en los datos que aquél me dé, legalizadas en debida forma; y como será una cosa clara y de justicia innegable (pues sólo en este caso haré valer mis derechos), al tercer dia se juzga el caso y soy dueño de lo mio. En cuanto á mis especulaciones, en que pienso invertir mis caudales, al cuarto dia ya habré presentado mis proposiciones. Serán buenas ó malas, y admitidas ó desechadas en el acto, y son cinco dias; en el sexto, séptimo y octavo, veo lo que hay que ver en Madrid; descanso el noveno; el décimo, tomo mi asiento en la diligencia, si no me conviene estar más tiempo aquí, y me vuelvo á mi casa; áun me sobran de los quince cinco dias.—Al llegar aquí Mr. Sans-délai, traté de reprimir una carcajada que me andaba retozando ya hacía rato en el cuerpo, y si mi educacion logró sofocar mi inoportuna jovialidad, no fué bastante á impedir que se asomase á mis labios una suave sonrisa de asombro

y de lástima que sus planes ejecutivos me sacaban al rostro mal de mi grado.— Permittedme Mr. Sans-délai, le dije entre sarcarron y formal, permitidme que os convide á comer para el dia en que lleveis quince meses de estancia en Madrid.— ¿Cómo?— Dentro de quince meses estais aquí todavía.— ¿Os burlais? — No por cierto.— ¿No me podré marchar cuando quiera? ¡Cierto que la idea es graciosa! — Sabed que no estais en vuestro país activo y trabajador.— ¡Oh! los españoles que han viajado por el extranjero han adquirido la costumbre de hablar mal de su país por hacerse superiores á sus compatriotas.— Os aseguro que en los quince dias con que contais no habréis podido hablar siquiera á una sola de las personas cuya cooperacion necesitais.— ¡Hipérboles! Yo les comunicaré á todos mi actividad.— Todos os comunicarán su inercia.

Conocí que no estaba el Sr. de Sans-délai muy dispuesto á dejarse convencer sino por la experiencia, y callé por entonces, bien seguro de que no tardarian mucho los hechos en hablar por mí.

Amaneció el dia siguiente, y salimos entrambos á buscar un genealogista, lo cual sólo se pudo hacer preguntando de amigo en amigo y de conocido en conocido: encontramosle por fin, y el buen señor, atur-

dido de ver nuestra precipitación, declaró francamente que necesitaba tomarse algún tiempo, instósele, y por mucho favor nos dijo definitivamente que nos diéramos una vuelta por allí dentro de unos días. Sonreíme y marchámonos. Pasaron tres días; fuimos.— Vuelva usted mañana, nos respondió la criada, porque el señor no se ha levantado todavía.— Vuelva usted mañana, nos dijo al siguiente día, porque el amo acaba de salir.— Vuelva usted mañana, nos respondió el otro, porque el amo está durmiendo la siesta.— Vuelva usted mañana, nos respondió el lunes siguiente, porque hoy ha ido á los toros. ¿Qué día, á qué hora se ve á un español? Vimosle por fin, y vuelva usted mañana, nos dijo, porque se me ha olvidado. Vuelva usted mañana, porque no está en limpio. A los quince días ya estuvo; pero mi amigo le había pedido una noticia del apellido Díez, y él había entendido Diaz, y la noticia no servía. Esperando nuevas pruebas, nada dije á mi amigo, desesperado ya de dar jamás con sus abuelos.

Es claro que faltando este principio no tuvieron lugar las reclamaciones.

Para las proposiciones que acerca de varios establecimientos y empresas utilísimas pensaba hacer, había sido preciso

buscar un traductor; por los mismos pasos que el genealogista nos hizo pasar el traductor; de mañana en mañana nos llevó hasta el fin del mes. Averiguamos que necesitaba dinero diariamente para comer, con la mayor urgencia; sin embargo, nunca encontraba momento oportuno para trabajar. El escribiente hizo después otro tanto con las copias, sobre llenarlas de mentiras, porque un escribiente que sepa escribir no le hay en este país.

No paró aquí; un sastre tardó veinte días en hacerle un frac, que le había mandado llevarle en veinticuatro horas; el zapatero le obligó con su tardanza á comprar botas hechas; la planchadora necesitó quince días para plancharle una camisola; y el sombrerero, á quien le había enviado su sombrero á variar el ala, le tuvo dos días con la cabeza al aire y sin salir de casa.

Sus conocidos y amigos no le asistian á una sola cita, ni avisaban cuando faltaban, ni respondian á sus esquelas. ¡Qué formalidad y qué exactitud!

—¿Qué os parece de esta tierra, Mr. Sans-délai? le dije al llegar á estas pruebas.— Me parece que son hombres singulares.....

— Pues así son todos. No comerán por no llevar la comida á la boca.

Presentóse con todo, yendo y viniendo

días, una proposición de mejoras para un ramo que no citaré, quedando recomendada eficacísimamente.

A los cuatro días volvimos á saber el éxito de nuestra pretension.—Vuelva usted mañana, nos dijo el portero. El oficial de la mesa no ha venido hoy.—Grande causa le habrá detenido, dije yo entre mí. Fuímonos á dar un paseo, y nos encontramos ¡qué casualidad! al oficial de la mesa en el Retiro, ocupadísimo en dar una vuelta con su señora al hermoso sol de los inviernos claros de Madrid.

Mártres era al día siguiente, y nos dijo el portero: Vuelva usted mañana, porque el señor oficial de la mesa no da audiencia hoy.—Grandes negocios habrán cargado sobre él, dije yo; como soy el diablo y aún he sido duende, busqué ocasion de echar una ojeada por el agujero de una cerradura. Su señoría estaba echando un cigarrito al brasero, y con una charada del *Correo* entre manos que le debia costar trabajo el acertar.—Es imposible verle hoy, le dije á mi compañero; su señoría está en efecto ocupadísimo.

Diónos audiencia el miércoles inmediato, y ¡qué fatalidad! el expediente habia pasado á informe, por desgracia á la única persona enemiga indispensable de Mr. y de su plan, porque era quien debia salir en

él perjudicado. Vivió el expediente dos meses en informe, y vino tan informado como era de esperar. Verdad es que nosotros no habiamos podido encontrar empeño para una persona muy amiga del informante. Esta persona tenía unos ojos muy hermosos, los cuales sin duda alguna le hubieran convencido en sus ratos perdidos de la justicia de nuestra causa.

Vuelto el informe se cayó en la cuenta en la seccion de nuestra bendita oficina de que el tal expediente no correspondia á aquel ramo; era preciso rectificar este pequeño error; pasóse al ramo, establecimiento y mesa correspondientes, y hétenos caminando, despues de tres meses, á la cola siempre de nuestro expediente, como huron que busca el conejo, y sin poderlo sacar muerto ni vivo de la huronera. Fué el caso, al llegar aquí, que el expediente salió del primer establecimiento y nunca llegó al otro.—De aquí se remitió con fecha tantos, decian en uno.—Aquí no ha llegado nada, decian en otro.—¡Voto va! dije yo á Mr. Sans-délai; ¿sabeis que nuestro expediente se ha quedado en el aire como el alma de Garibay, y que debe de estar ahora posado como una paloma sobre algun tejado de esta activa poblacion?

Hubo que hacer otro. ¡Vuelta á los empeños! ¡Vuelta á la prisa! ¡Qué delirio! —

Es indispensable, dijo el oficial con voz campanuda, que esas cosas vayan por sus trámites regulares. — Es decir, que el toque estaba como el toque del ejercicio militar, en llevar nuestro expediente tantos ó cuantos años de servicio.

Por último, despues de cerca de medio año de subir y bajar, y estar á la firma, ó al informe, ó á la aprobacion, ó al despacho, ó debajo de la mesa, y de volver siempre mañana, salió con una notita al márgen que decia: «A pesar de la justicia y utilidad del plan del exponente, negado.» — ¡Ah, ah! Mr. Sans-délai, exclamé riéndome á carcajadas: este es nuestro negocio. Pero Mr. de Sans-délai se daba á todos los oficinistas, que es como si dijéramos á todos los diablos. — ¿Pues para esto he echado yo mi viaje tan largo? ¿Despues de seis meses no habré conseguido sino que me digan en todas partes diariamente: *Vuelva V. mañana*, y cuando este dichoso *mañana* llega, en fin, nos dicen redondamente que no? ¿Y vengo á darles dinero? ¿Y vengo á hacerles favor? Preciso es que la intriga más enredada se haya fraguado para oponerse á nuestras miras. — ¿Intriga, Mr. Sans-délai? No hay hombre capaz de seguir dos horas una intriga. La pereza es la verdadera intriga; os juro que no hay otra: esa es la gran causa oculta: es más

fácil negar las cosas que enterarse de ellas.

Al llegar aquí, no quiero pasar en silencio algunas razones de las que me dieron para la anterior negativa, aunque sea una pequeña digresion.

Ese hombre se va á perder, me decia un personaje muy grave y muy patriótico: — Esa no es una razon, le repuse: si él se arruina, nada se habrá perdido en concederle lo que pide: él llevará el castigo de su osadía ó de su ignorancia. — ¿Cómo ha de salir con su intencion? — Y suponga usted que quiere tirar su dinero y perderse; ¿no puede uno aquí morirse siquiera sin tener un empeño para el oficial de la mesa? — Puede perjudicar á los que hasta ahora han hecho de otra manera eso mismo que ese señor extranjero quiere. — ¿A los que lo han hecho de otra manera, es decir, peor? — Sí, pero lo han hecho. — Sería lástima que se acabára el modo de hacer mal las cosas. Con que, porque siempre se han hecho las cosas del modo peor posible, ¿será preciso tener consideraciones con los perpetuadores del mal? Antes se debiera mirar si podrian perjudicar los antiguos al moderno. — Así está establecido; así se ha hecho hasta aquí; así lo seguiremos haciendo. — Por esa razon deberian darle á usted papilla todavía como cuando nació.

— En fin , señor Fígaro, es un extranjero .

— ¿Y por qué no lo hacen los naturales del país ?— Con esas socaliñas vienen á sacarnos la sangre.— Señor mio, exclamé sin llevar más adelante mi paciencia , está usted en un error harto general. Usted es como muchos que tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos á todo lo bueno, y el que pueda que los venza. Aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada , de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él , no han encontrado otro remedio que el de recurrir á los que sabian más que ellas.

Un extranjero, seguí, que corre á un país que le es desconocido para arriesgar en él sus caudales, pone en circulacion un capital nuevo, contribuye á la sociedad, á quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero ; si pierde, es un héroe; si gana, es muy justo que logre el premio de su trabajo, pues nos proporciona ventajas que no podiamos acarrear nos solos. Ese extranjero que se establece en este país no viene á sacar de él el dinero, como usted supone ; necesariamente se establece y se arraiga en él , y á la vuelta de media docena de años , ni es extranjero ya , ni

puede serlo, sus más caros intereses y su familia le ligan al nuevo país que ha adoptado; toma cariño al suelo donde ha hecho su fortuna, al pueblo donde ha escogido una compañera; sus hijos son españoles, y sus nietos lo serán; en vez de extraer el dinero, ha venido á dejar un capital suyo que traía, invirtiéndole y haciéndole producir; ha dejado otro capital de talento, que vale por lo ménos tanto como el del dinero; ha dado de comer á los pocos ó muchos naturales de quien ha tenido necesariamente que valerse; ha hecho una mejora, y hasta ha contribuido al aumento de la población con su nueva familia. Convencidos de estas importantes verdades, todos los gobiernos sabios y prudentes han llamado á sí á los extranjeros; á su grande hospitalidad ha debido siempre la Francia su alto grado de esplendor; á los extranjeros del todo el mundo que ha llamado la Rusia ha debido el llegar á ser una de las primeras naciones en muchísimo ménos tiempo que el que han tardado otras en llegar á ser las últimas; á los extranjeros han debido los Estados-Unidos..... pero veo por sus gestos de V., concluí interrumpiéndome oportunamente á mí mismo, que es muy difícil convencer al que está persuadido de que no se debe convencer. ¡ Por

cierto si V. mandára podríamos fundar en usted grandes esperanzas!

Concluida esta filípica, fuíme en busca de mi Sans-délai. — Me marchó, señor Fíguro, me dijo: en este país no hay tiempo para hacer nada; sólo me limitaré á ver lo que haya en la capital de más notable. — ¡Ay! mi amigo, le dije, idos en paz, y no queráis acabar con vuestra poca paciencia; mirad que la mayor parte de vuestras cosas no se ven. — ¿Es posible? — ¿Nunca me habeis de creer? Acordaos de los quince dias..... — Un gesto de Mr. Sans-délai me indicó que no le habia gustado el recuerdo.

Vuelva V. mañana, nos decian en todas partes, porque hoy no se ve. — Ponga usted un memorialito para que le den á usted un permiso especial. — Era cosa de ver la cara de mi amigo al oír lo del memorialito: representábasele en la imaginacion el informe, y el empeño, y los seis meses, y..... contentóse con decir: *soy extranjero*. ¡Buena recomendacion entre los amiables compatriotas míos! Aturdíase mi amigo cada vez más, y cada vez nos comprendia ménos. Dias y dias tardamos en ver las pocas rarezas que tenemos guardadas. Finalmente, despues de medio año largo, s íes que puede haber un medio año más largo que otro,

se restituyó mi recomendado á su patria maldiciendo de esta tierra, y dándome la razon que yo ya ántes me tenía, y llevando al extranjero noticias excelentes de nuestras costumbres, diciendo, sobre todo, que en seis meses no habia podido hacer otra cosa sino volver siempre mañana, y que á la vuelta de tanto mañana, enteramente futuro, lo mejor, ó más bien lo único que habia podido hacer bueno, habia sido marcharse.

¿Tendrá razon, perezoso lector (si es que has llegado ya á esto que estoy escribiendo), tendrá razon el buen Mr. Sans-délai en hablar mal de nosotros y de nuestra pereza? ¿Será cosa de que vuelva el dia de mañana á visitar nuestros hogares? Dejemos esta cuestion para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy: si mañana ú otro dia no tienes, como sueles, pereza de volver á la librería, pereza de sacar tu bolsillo y pereza de abrir los ojos para hojear las hojas que tengo que darte todavía, te contaré como á mí mismo que todo esto veo, y conozco y callo mucho más, me ha sucedido muchas veces, llevado de esta influencia, hija del clima y de otras causas, perder de pereza más de una conquista amorosa, abandonar más de una pretension empezada, y las esperanzas de

más de un empleo, que me hubiera sido acaso, con más actividad, poco ménos que asequible; renunciar, en fin, por pereza de hacer una visita justa ó necesaria, á relaciones sociales que hubieran podido valerme de mucho en el trascurso de mi vida; te confesaré que no hay negocio que no pueda hacer hoy que no deje para mañana; te referiré que me levanto á las once y duermo siesta; que paso haciendo quinto pié de la mesa de un café, hablando ó roncando como buen español, las siete y las ocho horas seguidas; te añadiré que cuando cierran el café me arrastro lentamente á mi tertulia diaria (porque de pereza no tengo más que una), y un cigarrito tras otro me alcanzan clavado en un sitial, y bostezando sin cesar, las doce ó la una de la madrugada; que muchas noches no ceno de pereza, y de pereza no me acuesto; en fin, lector de mi alma, te declararé que de tantas veces como estuve en esta vida desesperado, ninguna me ahorqué, y siempre fué de pereza. Y concluyo por hoy confesándote que há más de tres meses que tengo, como la primera entre mis apuntaciones, el título de este artículo, que llamé *Vuelva usted mañana*; que todas las noches y muchas tardes he querido, durante todo este tiempo, escribir

algo en él, y todas las noches apagaba mi luz, diciéndome á mí mismo con la más pueril credulidad en mis propias resoluciones: *¡ Eh! ¡ mañana le escribiré!* Da gracias á que llegó por fin este mañana, que no es del todo malo; pero ¡ay de aquel mañana que no ha de llegar jamas!

EL MUNDO TODO ES MÁSCARAS ;
TODO EL AÑO ES CARNAVAL.

No hace muchas noches que me hallaba encerrado en mi cuarto, y entregado á profundas meditaciones filosóficas, nacidas de la dificultad de escribir diariamente para el público. ¿Cómo contentar á los necios y á los discretos, á los cuerdos y á los locos, á los ignorantes y los entendidos que han de leerme, y sobre todo á los dichosos y á los desgraciados que con tan distintos ojos suelen ver una misma cosa ?

Animado con esta reflexion, cogí la pluma y ya iba á escribir nada ménos que un elogio de todo lo que veo á mi alrededor, el cual pensaba rematar con cierto discurso encomiástico acerca de lo adelantado que está el arte de la declamacion en el país, para contentar á todo el que se me pusie-

ra por delante, que esto es lo que conviene en estos tiempos tan valentones que corren; pero tropecé con el inconveniente de que los hombres sensatos habian de sospechar que el dicho elogio era burla, y esta reflexion era más pesada que la anterior.

Al llegar aquí arrojé la pluma, despedido y decidido á consultar todavía con la almohada si en los términos de lo lícito me quedaba algo que hablar, para lo cual determiné verme con un amigo, abogado *por más señas*, lo que basta para que se infiera si debe de ser hombre entendido, y que éste, registrando su *Novísima* y sus *Partidas*, me dijese para de aquí en adelante que es lo que me está prohibido, pues en verdad que es mi mayor deseo ir con la corriente de las cosas sin andarme á buscar *cotufas en el golfo*, ni el mal fuera de mi casa, cuando dentro de ella tengo el bien.

En esto estaba ya para dormirme, á lo cual habia contribuido no poco el esfuerzo que habia hecho para componer mi elogio de modo que tuviera trazas de cosa formal; pero Dios no lo quiso así, ó á lo que yo tengo por más cierto, un amigo que me alborotó la casa, y que se introdujo en mi cuarto dando voces en los términos siguientes, ú otros semejantes.

— ¡Vamos á las máscaras! Bachiller, me

gritó.—¿A las máscaras?—No hay remedio; tengo un coche á la puerta: ¡á las máscaras! Irémos á algunas casas particulares, y concluirémos la noche en uno de los grandes bailes de suscripcion.—Que te diviertas: yo me voy á acostar.—¡Qué despropósito! No lo imagines: precisamente te traigo un dominó negro y una careta.—¡Adios! Hasta mañana.—¿Adónde vas? Mira, mi querido Munguía, tengo interes en que vengas conmigo; sin tí no voy, y perderé la mejor ocasion del mundo.....—¿De véras?—Te lo juro.—En ese caso, vamos. ¡Paciencia! Te acompañaré. De mala gana entré dentro de un ámplio ropaje, bajé la escalera, y me dejé arrastrar al compas de las exclamaciones de mi amigo, que no cesaba de gritarme:—*¡cómo nos vamos á divertir! ¡Qué noche tan deliciosa hemos de pasar!*

Era el coche alquiler; á ratos parecia que andábamos tanto atras como adelante, á modo de quien pisa nieve, á ratos que estábamos columpiándonos en un mismo sitio; llegó por fin á ser tan completa la ilusion, que temeroso yo de alguna pesada burla de Carnaval, parecida al viaje de don Quijote y Sancho en el Clavileño, abrí la ventanilla más de una vez, deseoso de investigar si despues de media hora de viaje estaríamos todavía á la puerta de mi casa,

ó si habríamos pasado ya la línea, como en la aventura de la barca del Ebro.

Ello parecerá increíble, pero llegamos, quedándome yo sin embargo en la duda de si habria andado el coche hácia la casa, ó la casa hácia el coche; subimos la escalera, verdadera imágen de la primera confusion de los elementos: un Edipo sacando el reloj y viendo la hora que era; una Vestal, atándose una liga elástica, y dejando á su criado los chanclos y el capote escocés para la salida; un Romano coetáneo de Caton dando órdenes á su cochero para encontrar su landó dos horas despues; un Indio no conquistado todavía por Colon, con su papeleta impresa en la mano y bajando de un birlocho; un Oscar acabando de fumar un cigarrillo de papel para entrar en el baile; un Moro santiguándose asombrado al ver el gentío; cien dominós, en fin, subiendo todos los escalones sin que se sospechára que hubiese dentro quien los moviese, y tapándose todos las caras, sin saber los más para qué, y muchos sin ser conocidos de nadie.

Despues de un modesto reconocimiento del billete y del sello y la rúbrica y la contrañesa, entramos en una salita que no tenía más defecto que estar las paredes demasiado cerca unas de otras; pero ello es más preciso tener máscaras que sala don-

de colocarlas. Algun ciego alquilado para toda la noche, como la araña y la alfombra, y para descansarle un *piano*, tan *piano* que nadie lo consiguió oír jamas, eran la música del baile, donde nadie bailó. Poníanse, sí, de vez en cuando á modo de parejas la mitad de los concurrentes, y dábanse con la mayor intencion de ánimo sendos encontrones á derecha é izquierda, y aquello era el bailar, si se nos permite esta expresion.

Mi amigo no encontró lo que buscaba, y segun yo llegué á presumir, consistió en que no buscaba nada, que es precisamente lo mismo que á otros muchos les acontece. Algunas madres, sí, buscaban á sus hijas, y algunos maridos á sus mujeres: pero ni una sola hija buscaba á su madre, ni una sola mujer á su marido. *Acaso, decian, se habrán quedado dormidas entre la confusion en alguna otra pieza..... Es posible*, decia yo para mí, *pero no es probable*.

Una máscara vino disparada hácia mí.— ¿Eres tú? me preguntó misteriosamente.— Yo soy, le respondí seguro de no mentir.— Conocí el dominó; pero esta noche es imposible: Paquita está ahí; más el marido se ha empeñado en venir; no sabemos por dónde diantres ha encontrado billetes.— ¡Lástima grande!— ¡Mira tú que ocasion! Te hemos visto, y no atreviéndose á

hablarte ella misma, me envia para decirte que mañana sin falta os veréis en la *Sarten*..... Dominó encarnado y lazos blancos.....— Bien.—¿Estás?— No faltaré.

¿Y tu mujer, hombre?—le decia á un ente rarísimo que se habia vestido todo de cuernecitos de abundancia, un dominó negro que llevaba otro igual del brazo.—Durmiendo estará ahora; por más que he hecho no he podido decidirla á que venga; no hay otra más enemiga de diversiones.—Así descansas tú en su virtud: ¿piensas estar aquí toda la noche?— No, hasta las cuatro.— Haces bien. En esto se habia alejado el de los cuernecillos, y entreoí estas palabras.— Nada ha sospechado.—¿Cómo era posible? Si salí una hora despues que él.....—¿A las cuatro ha dicho?— Sí.— Tenemos tiempo. ¿Estás segura de la criada?— No hay cuidado alguno, porque..... Una oleada cortó el hilo de mi curiosidad; las demas palabras del diálogo se confundieron con las repetidas voces de *¿me conoces? Te conozco, etc., etc.*

¿Pues no parecia estrella mia haber traído esta noche un dominó igual al de todos los amantes, más feliz por cierto que Quedo, que se parecia de noche á cuantos esperaban para pegarles?— ¡Chis! ¡Chis! Por fin te encontré, me dijo otra máscara esbelta, asiéndome del brazo, y con su voz

tierna y agitada por la esperanza satisfecha. ¿Hace mucho que me buscabas?— No por cierto, porque no esperaba encontrar-te.— ¡Ay! ¡Cuánto me has hecho pasar desde anoche! No he visto un hombre más torpe; yo tuve que componerlo todo; y la fortuna fué haber convenido ántes en no darnos nuestros nombres, ni áun por escrito. Si no.....— ¿Pues qué hubo?— ¿Qué habia de haber? El que venía conmigo era Carlos mismo.— ¿Qué dices?— Al ver que me alargabas el papel, tuve que hacerme la desentendida y dejarlo caer, pero él le vió y le cogió. ¡Qué angustias!— ¿Y cómo saliste del paso?— Al momento me ocurrió una idea. ¿Qué papel es ese?, le dije. Vamos á verle; será de algun enamorado: se lo arrebató, veo que empieza: *Querida Anita*; cuando no vi mi nombre respiré; empecé á echarlo á broma. ¿Quién será el desesperado? le decia riéndome á carcajada.— Veamos, y él mismo leyó el billete, donde me decias que esta noche nos veríamos aquí, si podia venir sola. Si vieras cómo se reia.— ¡Cierto que fué gracioso!— Sí, pero por Dios, *don Juan*, de éstas, pocas.— Acompañé largo rato á mi amante desconocida, siguiendo la broma lo mejor que pude..... el lector comprenderá fácilmente que bendije las máscaras, y sobre todo el talisman de mi impagable dominó.

Salimos, por fin, de aquella casa, y no pude ménos de soltar la carcajada al oír á un máscara que á mi lado bajaba.—¡Pésia á mí! le decia á otro; no ha venido: toda la noche he seguido á otra creyendo que era ella, que hasta se ha quitado la careta. ¡La vieja más fea de Madrid! No ha venido; en mi vida pasé rato más amargo. ¿Quién sabe si el papel de la otra noche lo habrá echado todo á perder? Si don Cárlos lo cogió.....— Hombre, no tengas cuidado.—¡Paciencia! Mañana será otro dia. Yo con ese temor me he guardado muy bien de traer el dominó cuyas señas le daba en la carta.—Hiciste muy bien.— Perfectísimamente, repetí yo para mí, y salimos riendo de los azares de la vida.

Bajamos atropellando un rintero de criados y capas tendidos aquí y allí por la escalera. La noche no dejó de tener tampoco algun contratiempo para mí. Yo me habia llevado la querida de otro; en justa compensacion otro se habia llevado mi capa, que debia parecerse á la suya, como se parecia mi dominó al del desventurado querido. Ya estás vengado, exclamé, ¡oh burlado mancebo! Felizmente yo al entregarla en la puerta habia tenido la prevision de despedirme de ella tiernamente para toda mi vida. ¡Oh prevision oportuna! Ciertamente que no nos volveremos á

encontrar mi capa y yo en este mundo pe-
recedero; habia salido ya de la casa, habia
andado largo trecho, y áun volvia la cabe-
za de rato en rato hácia sus altas paredes,
como Héctor al dejar á su Andrómaca, di-
ciendo para mí: *allí quedó, allí la dejé, allí
la vi por la última vez.*

Otras casas recorrimos: en todas el mis-
mo cuadro: en ninguna nos admiró encon-
trar intrigas amorosas, madres burladas,
chasqueados esposos ó solícitos amantes;
no soy de aquellos que echan de ménos la ac-
cion en una buena cantatriz, ó alaban la voz
de un mal comediante, y por tanto no voy
á buscar virtudes á las máscaras. Pero nun-
ca llegué á comprender el afan que por asis-
tir al baile habia manifestado tantos dias
seguidos don Cleto, que hizo toda la noche
de una silla cama y del estruendo arrullo:
no entiendo todavía á don Jorge cuando
dice que estuvo en la funcion, habiéndole
visto desde que entró hasta que salió en
derredor de una mesa en un verdadero
ecarté. Toda la diferencia estaba en él con
respecto á las demas noches en ganar ó
perder, vestido de moharracho. Ni me sé
explicar de una manera satisfactoria la ra-
zon en que se fundan para creer ellos mis-
mos que se divierten un enjambre de más-
caras que vi buscando siempre, y no en-
contrando jamas, sin hallar á quien em-

bromar ni quien los embrome, que no bailan, que no hablan, que vagan errantes de sala en sala, como si de todas les echáran, imitando el vuelo de la mosca, que parece no tener nunca objeto determinado. ¿Es por ventura un apetito desordenado de hallarse donde se hallaban todos, hijo de la pueril vanidad del hombre? ¿Es por aturdirse á sí mismos y creerse felices por espacio de una noche entera? ¿Es por dar á entender que tambien tienen un interes y una intriga? Algo nos inclinamos á creer lo último cuando observamos que los más de éstos os dicen si los habeis conocido.—
¡Chiton! ¡Por Dios! No digais nada á nadie.
— Seguidlos, y os convenceréis de que no tienen motivos ni para descubrirse ni para taparse. Andan, sudan, gastan, salen quebrantados del baile..... nunca, empero, se les olvida salir los últimos decir al despedirse:—*¿Mañana es el baile en Solís?—Pues hasta mañana.*—*¿Pasado mañana es en San Bernardino?* ¡Diez onzas diera por un billete!

Ya que sin respeto á mis lectores me he metido en estas reflexiones filosóficas, no dejaria pasar en silencio ántes de concluir las la más principal que me ocurría. ¿Qué mejor careta há menester D. Braulio que su hipocresía? Pasa en el mundo por un santo, oye misa todos los dias, y reza sus

devociones; á merced de esta máscara que tiene constantemente adoptada, mirad cómo engaña, cómo intriga, cómo murmura, cómo roba..... ¡Qué empeño de no parecer Julianita lo que es! ¿Para eso sólo se pone un rostro de carton sobre el suyo? ¿Teme que sus facciones delaten su alma? Viva tranquila; tampoco há menester careta. ¿Veis su cara angelical? ¡Qué suavidad! ¡Qué atractivo! ¡Cuán fácil trato debe tener! No puede abrigar vicio alguno. — Miradla por dentro, observadores de superficies: no hay dia que no engañe á un nuevo pretendiente; veleidosa, infiel, perjura, desvanecida, envidiosa, áspera con los suyos, insufrible y altanera con su esposo: esa es la hermosura perfecta, cuya cara os engaña más que su careta. ¿Veis aquel hombre tan amable y tan cortés, tan comedido con las damas en sociedad? ¡Qué diferencia! ¡Qué prevision! ¡Cuán sumiso debe ser! No le escojas sólo por eso para esposo, encantadora Amelia; es un tirano grosero de la que le entrega su corazon. Su cara es tambien más pérfida que su careta; por ésta no estás expuesta á equivocarte, porque nada juzgas por ella; ¡pero la otra...!! imperfecta discípula de Lavater, crees que debe ser tu clave, y sólo puede ser un pérfido guía que te entrega á tu enemigo.

Bien presumirá el lector que al hacer estas metafísicas indagaciones algún pesar muy grande debía afligirme; pues nunca está el hombre más filósofo que en sus malos ratos; el que no tiene fortuna se encasqueta su filosofía, como un falto de pelo su *bisoñé*: la filosofía es efectivamente para el desdichado lo que la peluca para el calvo, de ambas maneras se les figura á entrambos que ocultan á los ojos de los demás la inmensa laguna que dejó en ellos por llenar la naturaleza madrastra.

Así era: un pesar me afligia. Habíamos entrado ya en uno de los principales bailes de esta córte; el continuo traspasar, el estar en pié la noche entera, la hora avanzada y el mucho cavilar habían debilitado mis fuerzas en tales términos que el hambre era á la sazón mi maestro de filosofía. Así de mi amigo, y de comun acuerdo nos decidimos á cenar lo más espléndidamente posible. ¡Funesto error! Así se refugiaban máscaras á aquel estrecho local, y se apiñaban y empujaban unas á otras como si fuera de la puerta las esperase el más inminente peligro. Iban y venían los mozos aprovechando claros y describiendo sinuosidades, como el arroyo que va buscando para correr entre las breñas las rendijas y agujeros de las piedras. Era tarde ya; a penas había un plato de que disponer;

pedimos, sin embargo, de lo que habia, y nos trajeron varios restos de manjares que alguno que habia cenado ántes que nosotros habia tenido la prevision de dejar sobrantes. *Hicimos semblante* de comer, segun decian nuestros antepasados, y como dicen ahora nuestros vecinos, y pagamos como si hubiéramos comido. Esta ha sido la primera vez en mi vida, salí diciendo, que me ha costado dinero un rato de hambre.

Entrámonos de nuevo en el salon de baile, y cansado ya de observar y de oír sandeces, prueba irrefragable de lo reducido que es el número de hombres dotados por el cielo con travesura y talento, toda mi ambicion se limitó á conquistar con los codos y los piés un rincon donde ceder algunos minutos á la fatiga. Allí me recosté, púseme la careta para poder dormir sin excitar la envidia de nadie, y columpiándose mi imaginacion entre mil ideas opuestas, hijas de la confusion de sensaciones encontradas de un baile de máscaras, me dormí, más no tan tranquilamente como lo hubiera yo deseado.

Los fisiólogos saben mejor que nadie, segun dicen, que el sueño y el ayuno, prolongado sobre todo, predisponen la imaginacion débil y acalorada del hombre á las visiones nocturnas y aéreas que vienen á

tomar en nuestra irritable fantasía formas corpóreas cuando están nuestros párpados aletargados por Morfeo. Más de cuatro que han pasado en este bajo suelo por haber visto realmente lo que realmente no existe, han debido al sueño y al ayuno sus estupendas apariciones. Esto es precisamente lo que á mí me aconteció, porque al fin, segun expresion de Terencio, *homo sum et nihil humani à me alienum puto*. No bien habia cedido al cansancio, cuando imaginé hallarme en una profunda oscuridad; reinaba el silencio en torno mio; poco á poco una luz fosfórica fué abriéndose paso lentamente por entre las tinieblas, y una redoma mágica se me fué acercando misteriosamente por sí sola, como un luminoso meteoro. Saltó un tapon con que venía herméticamente cerrada, un torrente de luz se escapó de su cuello destapado, y todo volvió á quedar en la oscuridad. Entónces sentí una mano fria como el mármol que se encontró con la mia; un sudor yerto me cubrió; sentí el crujir de la ropa de una fantasma bulliciosa que ligeramente se movia á mi lado, y una voz semejante á un leve soplo me dijo con acentos que no tienen entre los hombres signos representativos: *Abre los ojos, Bachiller; si te inspiro confianza, sígueme*; el aliento me faltó, flaquearon mis rodillas; pero la fantasma des-

pidió de sí un pequeño resplandor, semejante al que produce un fumador en una escalera tenebrosa aspirando el humo de su cigarro, y á su escasa luz reconocí brevemente á Asmodeo, héroe del *Diablo Cojuelo*. — Te conozco, me dijo; no temas: vienes á observar el Carnaval en un baile de máscaras. ¡Necio! vén conmigo; do quiera hallarás máscaras, do quiera Carnaval, sin esperar al segundo mes del año.

Arrebatóme entónces insensible y rápidamente, no sé si sobre algún dragon alado, ó vara mágica, ó cualquier otro bagaje de esta especie. Ello fué que alzarme de sitio que ocupaba y encontrarnos suspendidos en la atmósfera sobre Madrid, como el águila que se columpia en el aire buscando con vista penetrante su temerosa presa, fué obra de un instante. Entónces vi al traves de los tejados, como pudiera al traves del vidrio de un excelente antejo de larga vista.

Mira, me dijo mi extraño *cicerone*. ¿Qué ves en esa casa? — Un jóven de sesenta años disponiéndose á asistir á una *suaré*; pantorrillas postizas, porque va de calzon; un frac diplomático; todas las maneras afectadas de un seductor de veinte años; una persuasion, sobre todo, indestructible de que su figura hace conquistas todavía... — ¿Y allí? — Una mujer de cincuenta

años.—Obsérvala; se tiñe los blancos cabellos.—¿Qué es aquello?—Una caja de dientes; á la izquierda una pastilla de olor; á la derecha un *polison*.—¡Cómo se ciñe el corsé! va á exhalar el último aliento.—Repara su gesticulacion de coqueta.—¡Ente execrable! ¡Horrible desnudez!—Más de una ha deslumbrado tus ojos en algun sarao que debieras haber visto en ese estado para ahorrarte algunas locuras.

—¿Quién es aquel más allá?—Un hombre que pasa entre vosotros los hombres por sensato; todos le consultan: es un célebre abogado; la librería que tiene al lado es el disfraz con que os engaña. Acaba de asegurar á un litigante con sus libros en la mano que su pleito es imperdible; el litigante ha salido; mira cómo cierra los libros en cuanto salió, como tú arrojarás la careta en llegando á tu casa. ¿Ves su sonrisa maligna? Parece decir: «venid aquí, necios; dadme vuestro oro; yo os daré papeles, yo os haré frases. Mañana seré juez; seré el intérprete de Témis.» ¿No te parece ver al loco de Cervántes, que se creía Neptuno?

Observa más abajo: un moribundo; ¿oyes cómo se arrepiente de sus pecados? Si vuelve á la vida, tornará á la andadas. Á su cabecera tiene á un hombre bien vestido, un baston en una mano, una receta en la

otra: ó *la tomas, ó te pego*. Aquí tienes la salud, parece decirle, yo sano los males, yo los conozco; observa con qué seriedad lo dice; parece que lo cree él mismo; parece perdonarle la vida que se le escapa ya al infeliz. No hay cuidado, sale diciendo; ya sube en su bombé; ¿oyes el chasquido del látigo? — Sí. — Pues oye también el último ay del moribundo, que va á la eternidad, mientras que el doctor corre á embromar á otro con su disfraz de sabio.

Vén á ese otro barrio. — ¿Qué es eso? — Un duelo. ¿Ves esas caras tan compungidas? — Sí. — Miralas con este antejo. — ¡Cielos! La alegría rebosa dentro, y cuenta los días que el decoro le podrá impedir salir al exterior.

— Mira una boda; con qué buena fe se prometen los novios eterna constancia y fidelidad.

... ..
— ¿Quién es aquel? — Un militar; observa cómo se paga de aquel oro que adorna su casaca. ¡Qué de trapitos de colores se cuelga de los ojales! ¡Qué vano se presenta! Yo sé *ganar batallas*, parece que va diciendo. — ¿Y no es cierto? Ha ganado la de*** — ¡Insensato! Esa no la ganó él, sino que la perdió el enemigo. — Pero..... — No es lo mismo. — ¿Y la otra de***? — La casualidad. — Se está vistiendo de grande uniforme, es

decir, disfrazando; con ese disfraz todos le dan V. E.; él y los que así le ven creen que ya no es un hombre como todos.

— Ya lo ves; en todas partes hay máscaras todo el año; aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te están embromando toda la vida? ¿Á qué, pues, esa prisa de buscar billetes? Sal á la calle, y verás las máscaras de balde. Sólo te quiero enseñar ántes de volverte á llevar donde te he encontrado, concluyó Asmodeo, una casa donde dicen especialmente que no las hay este año. Quiero desencantarte. Al decir esto pasábamos por el teatro. Mira allí, me dijo, á un autor de comedia. Dice que es un gran poeta. Está muy persuadido de que ha escrito los sentimientos de Orestes, y de Neron, y de Otelo..... ¡Infeliz! ¿Pero qué mucho? Un inmenso concurso se lo cree tambien. ¡Ya se ve! ni unos ni otros han conocido á aquellos señores. Repara, y riéte á tu salvo. ¿Ves aquellos grandes palos pintados, aquellos lienzos corredizos? Dicen que aquello es el campo, y casas, y habitaciones, ¡y qué más sé yo! ¿Ves aquel que sale ahora? Aquel dice que es el grande sacerdote de los griegos, y aquel otro Edipo; ¿los conoces tú? — Sí; por más se-

ñas que esta mañana los vi en misa.—Pues míralos; ahora se desnudan, y el gran sacerdote, y Edipo, y Jocasta, y el pueblo tebano entero se van á cenar sin más acompañamiento, y dejándose á su patria entre bastidores, algun carnero verde, ó si quieres un excelente beefteck hecho en casa de Genyeis. ¿Quieres oír á Semíramis?—¿Estás loco, Asmodeo? ¿Á Semíramis?—Sí; mírala; es una excelente conocedora de la música de Rossini. ¿Oíste qué bien cantó aquel adagio? Pues es la viuda de Nino; ya espira; á imitacion del cisne, canta y muere.

Al llegar aquí estábamos ya en el baile de máscaras; sentí un golpe ligero en una de mis mejillas. ¡Asmodeo! grité. Profunda oscuridad; silencio de nuevo en torno mio.—Asmodeo, quise gritar de nuevo: dispiértame empero el esfuerzo. Llena aún mi fantasía de mi nocturno viaje, abro los ojos, y todos los trajes apiñados, todos los países me rodean en breve espacio; un chino, un marinero, un abate, un indio, un ruso, un griego, un romano, un escocés..... ¡Cielos! ¿Qué es esto? ¿Ha sonado ya la trompeta final? ¿Se han congregado ya los hombres de todas las épocas y de todas las zonas de la tierra á la voz del Omnipotente en el valle de Josafat?..... Poco á poco vuelvo en

mi, y asustando á un turco y una monja
entre quienes estoy, exclamo con toda la
filosofía de un hombre que no ha cenado,
é imitando las expresiones de Asmodeo,
que áun suenan en mis oídos: *El mundo
todo es máscaras: todo el año es Carnaval.*

LA POLÉMICA LITERARIA.

Muchos son los obstáculos que para escribir encuentra entre nosotros el escritor, y el escritor sobre todo de costumbres, que funda sus artículos en la observacion de los diversos caracteres que andan por la sociedad revueltos y desparramados: si hace un artículo malo, ¿quién es él, dicen, para hacerle bueno? Y si lo hace bueno, *será traducido*, gritan á una voz sus amigos. Si huyó de ofender á nadie, son pálicos sus escritos, no hay chiste en ellos ni originalidad; si observó bien, si hizo resaltar los colores, y si logra sacar á los labios de su lector tal cual picante sonrisa, «es un payaso», exclaman, como si el toque del escribir consistiera en escribir serio; si le ofenden los vicios, si rebosa en sus renglones la indignacion contra los necios, si los malos escritores le merecen tal

cual varapalo, «es un hombre feroz, á nadie perdona. ¡Jesus qué entrañas! ¡Habrá pícaro que no quiere que escribamos disparates!» ¿Dibujó un carácter, y tomó para ello toques de éste y de aquél, formando su bello ideal de las calidades de todos. ¡ «¿Qué picarillo, gritan, cómo ha puesto á don fulano!» ¿Pintó un avaro como hay ciento? Pues ese es don Cosme, gritan todos, el que vive aquí á la vuelta. Y no se desgañite para decirle al público: «Señores: que no hago retratos personales, que no critico á uno, que critico á todos. Que no conozco siquiera á ese don Cosme.» ¡Tiempo perdido!— Que el artículo está hecho hace dos meses, y don Cosme vino ayer.— Nada.— Que mi avaro tiene peluca y don Cosme no la gasta.— ¡Ni por esas! — Púsole la peluca, dicen, para desorientar; pero es él.— Que no se parece á don Cosme en nada.— No importa; es don Cosme, y se lo hacen creer todos á don Cosme por ver si don Cosme le mata; y don Cosme, que es caviloso, es el primero á decir: «ese soy yo.» Para esto de entender alusiones nadie como nosotros.

¿Consistirá esto en que los críticos que se reconocen en el cuadro de costumbres se apresuran á echar el muerto al vecino para descartarse de la parte que á ellos les toca? ¡Quién sabe! Confesemos de todos

modos que es pícaro oficio el de escritor de costumbres.

Con estas reflexiones encabezamos nuestro artículo de hoy, porque, no nos perdona Dios nuestros pecados si no creemos que ántes de llegar al último renglon han de haber encontrado nuestros perspicaces lectores el original del retrato que no hacemos. Como cosa de las doce serian cuando cavilaba yo ayer acerca del modo de urdir un artículo bueno que gustase á todos los que le leyesen, y encomendábame á toda priesa, con más fe que esperanza, á Santa Rita, abogada de imposibles, para que me deparára alguna musa acomodaticia, la cual me enviase inspiraciones cortadas á medida de todo el mundo. Pedíale un modo de escribir que ni fuese serio, ni jocoso, ni general, ni personal, ni largo, ni corto, ni profundo, ni superficial, ni alusivo, ni indeterminado, ni sabio, ni ignorante, ni culto, ni trivial; una quimera, en fin, y pedíale de paso un buen original frances de donde poder robar aquellas ideas que buenamente no suelen ocurrirme, que son las más, y una baraja completa de trasposiciones felices, de estas que el diablo mismo que las inventó no comprende, y que, por consiguiente, no comprometen al que las escribe..... Pero estoy para mí que no debia de hacer más caso de

mis oraciones la Santa que el que hacen los cómicos de los artículos de teatros, porque ni venía musa, ni yo acertaba á escribir un mal disparate que pudiese dar contento á necios y á discretos. Mesábame las barbas, y renegaba de mi mal cortada pluma, que siempre ha de pinchar, y de mi lengua que siempre ha de maldecir, cuando un cariacontecido mozalvete, con cara de literato, es decir, de envidia, se me presentó, y mirándome zaino y torcido, como quien no camina derecho ni piensa hacer cosa buena, díjome entre uno y otro piropo, que yo eché en saco roto, como tenía que consultarme y pedirme consejos en materias graves.

Invitéle á que se sentára, lo cual hizo en la punta de una silla, como aquel que no quería abusar de mi buena crianza, poniendo su sombrero debajo de una mesa á modo de florero ó de escupidera.

— ¿Y qué es el caso? le pregunté; porque ha de advertir el lector que yo me pe-rezco por los diálogos.

— Qué ha de ser, señor Fígaro, sino que yo he puesto un artículo en un periódico, y no bien le había leído impreso, cuando zás, ya me han contestado.

— ¡Oh! Son muy bien criados los pe-riodistas, le dije: no saben lo que es dejar á un hombre sin contestacion.

— Sí, señor; pero de buenas á primeras, y sin pedirme mi parecer, dan en la flor de decirme que es mi artículo un puro disparate. Es el caso que yo tambien quiero contestar, porque ¿qué dirá el mundo, y sobre todo la Europa, si yo no contesto?

— Cierto: no se piensa en otra cosa en el dia sino en Portugal y en su artículo de usted.

— Ya se ve: y como usted entiende de achaque de contestaciones, y de cómo se lleva por aquí eso de polémica literaria, vengo á que me endilgue usted, sobre poco más ó ménos, cuatro consejos oportunos, de modo que la materia en cuestion se dilucide, se entere el público de quién tiene razon, y quede yo encima, que es el objeto.

— ¿Y de qué habla el artículo?

— Le diré á usted, de nada: el hecho es que en la cuestion no nos entendemos ni él ni yo, porque, como la mitad de las cosas que podrian decirse en la materia uno y otro las ignoramos, y la otra mitad no se puede decir.....

— Sí..... pues eso es muy fácil..... ¿pero trata de.....?

— De tabacos, sí, señor. Con que yo quisiera que usted me indicase todos los hombres que han tenido que ver con tabacos desde Nicot que los descubrió hasta Tissot,

por lo ménos, que está contra su uso. Con la vasta erudicion que usted me va á proporcionar yo haré trizas á mi contrario.....

— ¡Ay, amigo, le interrumpí, y que poco entiende usted [de polémica literaria! En primer lugar, para disputar de una materia lo primero que usted debe procurar es ignorarla de pe á pa. ¿Qué quiere usted? así corren los tiempos. En segundo lugar, ¿usted sabe quién es el autor del artículo contra usted?

— ¿Y qué falta hace para aclarar la cuestion al público saber quién sea el autor del artículo?

— ¡Hombre, usted está en el cristus de la polémica literaria del país! ¿De dónde viene usted? Usted no lee. En vez de buscar libros que confirmen la opinion de usted, la primera diligencia que ha de hacer es saber quién es el autor del artículo contrario.

— Bueno: pues ya lo sé. Pero el caso no es ese, sino que un periódico dice que mi artículo es malo.

— Calle usted. Somos felices.

— Yo pensaba dar razones y probar.....

— No, señor, no pruebe usted nada. ¿Usted se quiere perder? Diga usted, ¿qué señas tiene el adversario de usted? ¿Es alto?

— Mucho; se pierde de vista.

— ¿Tendrá seis piés ?

— Más , mas : hágale usted más favor..... pero ¿qué tiene que ver eso con la cuestion de tabacos ?

— ¿No ha de tener ? Empiece usted diciendo que su artículo de usted es bueno : primero porque él es alto.

— ¡ Hombre !

— Calle usted. ¿Ha escrito algunas obras ?

— Sí, señor : en el año 97 escribió una comedia que no valia gran cosa.

— ¡ Brabo ! Añada usted que usted entiende mucho de tabacos, fundado en que él hizo el año 97 una comedia.....

— Pero, señor, harémos reir al público.....

— No tenga usted cuidado : el público se morirá de risa, y la palestra queda por el que hace reir. ¿Qué más tiene el adversario ? ¿ Tiene alguna verruga en las narices, tiene moza, debe á álguien, ha estado en la cárcel alguna vez, gasta peluca, ha tenido opinion nula ?.....

— Algo, algo hay de eso.

— Pues bien, á él : la opinion : la verruga : duro en sus defectos. ¿Qué entenderá él de achaque de tabacos, si escribió en los periódicos de entónces, y si el año 8 jugaba á la pipirijaina ó á la pata coja ?

— ¿Pero adónde vamos á parar ?.....

— A la tetilla izquierda, señor : usted

no se desanime: ¿le coge usted en un plagio? El texto en los hocicos, el original, y ande. ¿Sabe usted algun cuento? á contársele.

— ¿Y si no vienen á pelo los cuentos que yo sé?

— No importa; usted hará reir, y ese es el caso. ¿Dice él que usted se equivoca una vez? Dígale usted que él se equivoca ciento, y pata. Usted es un tal; y usted es más: este es el modo.

— Pero, señor Fígaro, ¿y dónde dejamos ya la cuestion de tabacos?

— ¿Y á usted qué le importa ni á nadie tampoco? Déjela usted que viaje. Por fin, luégo que usted haya agotado todos los recursos de la personalidad, concluya usted apelando al público y diciendo que él sabrá apreciar la moderacion de usted en la cuestion presente: que se retira usted de la polémica; en primer lugar, porque ha probado suficientemente su opinion acerca de tabacos con las poderosas razones antedichas de la estatura, de la verruga, de la comedia del año 97, de las deudas y de la opinion del adversario; y en segundo lugar, porque habiendo usado el contrario de mala fe y de indecorosas personalidades (y eso dígalo usted aunque sea mentira), de que usted no se siente capaz en atencion á que usted respeta mu-

cho al público respetable, la polémica se ha hecho asquerosa é interminable. Aquí dice usted una gracia ó dos si puede acerca del mayor número de suscripciones que reúne el periódico en que usted escribe, que es razon concluyente, y que le piquen á usted moscas.

— Señor Fígaro, ese plan será bueno; mas yo le encuentro el inconveniente de que si en un país en que tan poco prestigio tienen la literatura y los literatos, en vez de darnos honor unos á otros nos damos mútuamente en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares, y nos hacemos el hazme-reir del público..... y á mí me da vergüenza.....

— ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¿Ahora salimos con que tiene usted vergüenza?..... y..... ¡voto va! Díjéralo usted al principio. Usted es incorregible. Pues, amigo voy á concluir: hace muchos años que ando por este mundo, y las más de las polémicas que he visto se han decidido por ese estilo. Fuera, pues, razones, señor mio: látigo y más látigo: no sé qué sabio ha dicho que las más de las cuestiones son cuestiones de nombre: aquí, amigo mio, las más son cuestiones de personas.—Y con esto despedí á mi cliente, quien no sé si habrá aprovechado mis consejos. Una cosa tan sólo le supliqué al salir por el umbral de

mi puerta.— Si acaso, le dije, oye usted decir á las gentes cuando le vean por el mundo: « Ahí va el cliente de Fígaro: ese es el del artículo », — no lo creo, responda usted: el cliente de Fígaro es un ente ideal que tiene muchos retratos en esta sociedad, pero que no tiene original con ninguno.



¿ENTRE QUÉ GENTES ESTAMOS?

Hémos aquí refugiándonos en las costumbres: no todo ha de ser siempre política; no todos facciosos. — Por otra parte, no son las costumbres el último ni el ménos importante objeto de las reformas. Sirva, pues, sólo este pequeño preámbulo para evitar un chasco al que forme grandes esperanzas sobre el título que llevan al frente estos renglones, y vamos al caso.

No hace muchos dias que la llegada inesperada á Madrid de un extranjero, antiguo amigo mio de colegio, me puso en la obligacion de cumplir con los deberes de la hospitalidad. Acaso sin esta circunstancia nunca hubiese yo solo realizado la observacion sobre que gira este artículo. La costumbre de ver y oír diariamente los dichos y modales que son la moneda de nuestro trato social, es culpa de que no salte su extrañeza tan fácilmente á nues-

tros sentidos. Mi amigo no pudo ménos de abrirme el camino que el hábito tenía cerrado á mi observacion.

Necesitábamos hacer várias visitas: *¡ un carruaje !* dijimos; pero un coche es pesado; un cabriolé será más ligero: no bien lo habiamos dicho, ya estaba mi criado en casa de uno de los mejores alquiladores de esta córte, sobre todo de esos que llevan dinero por los que llaman *bombés decentes*, donde encontró efectivamente uno sobrante y desocupado, que, para calcular cómo sería el maldecido, no se necesitaba saber más. Dejó mi criado la señal que le pidieron, y dos horas despues ya estaba en la puerta de mi casa un birlocho pardo con várias capas de polvo de todos los dias y calidades, el cual no le quitaban nunca porque no se viese el estado en que estaba, y áun yo tuve para mí que lo debian de sacar en los dias de aire á tomar polvo para que le encubriese las macas que tendria. Que las ruedas habian rodado hasta entónces, no se podia dudar; que rodarian siempre y que no harian rodar por el suelo al que dentro fuese de aquel inseguro mueble, eso era ya otra cuestion: que el caballo habia vivido hasta aquel punto no era dudoso; que viviria dos minutos más, eso era precisamente lo que no se podia ménos de dudar cada vez que trope-

zaba con su cuerpo, no perecedero, sino ya perecido, la curiosa visual del espectador. Cierta ruidosa desahogada de los muelles y del eje le hacia sonar á hierro, como si dentro llevara medio Rastro. Peor vestido que el birlocho estaba el criado que le servia, y entre la vida del caballo y la suya no se podia atravesar concienzudamente la apuesta de un solo real de vellon: por lo mal comidos, por lo estropeados, por la vida, en fin, del caballo y el lacayo, por la completa semejanza y armonía que en ambos entes irracionales se notaba, hubiera creido cualquiera que eran gemelos, y que no sólo habian nacido á un mismo tiempo, sino que á un mismo tiempo iban á morir. Si andaba el birlocho era un milagro; si estaba parado un capricho de Goya. Fué preciso conformarnos con este elegante mueble: subí, pues, á él, y tomé las riendas, despues de haberse sentado en él mi amigo el extranjero. Retiróse el lacayo cuando nos vió en tren de marchar, y fué á subir á la trasera; sacudí mi fusta sobre el animal, con mucho tiento por no acabarle de derrengar; mas ¿cuál fué mi admiracion, cuando siento bajar el asiento y veo alzarse las varas levantando casi del suelo al infeliz animal, que parecia un espíritu desprendiéndose de la tierra? Y ¿qué dirán ustedes que era? Que el birlocho ve-

nia sin barriguera ; y lo mismo fué poner el lacayo la planta sobre la zaga, que, á á manera de balanza, vino á tierra el mayor peso, y subió al cielo la ligera resistencia del que *tantum pellis et ossa fuit*.

Esto no es conmigo, exclamé; bajamos del birlocho, y á pié nos fuimos á quejar y reclamar nuestra señal á casa del alquilador. Preguntamos y volvimos á preguntar, y nadie respondia, que aquí es costumbre muy recibida: pareció por fin un hombre, digámoslo así, y un hombre tan mal encarado como el birlocho: expúsele el caso, y pedíle mi señal en vista de que yo no alquilaba el birlocho para tirar de él, sino para que tirase él de mí. — ¿Qué tiene usted que pedirle á ese birlocho, y á esa jaca sobre todo? me dijo echándome á la cara una interjeccion expresiva y una bocanada de humo de un maldito cigarro de dos cuartos. Despues de semejante entrada nada quedaba que hablar. — Véale usted despacio, le contesté sin embargo. — Pues no hay otro, siguió diciendo; y volviéndome la espalda: ¡ Á París por gangas! añadió. — Diga usted, señor grosero, le repuse, ya en el colmo de la cólera, ¿no se contentan ustedes con servir de esta manera, sino que tambien se han de aguantar sus malos modos? ¿Usted se pone aquí para servir, ó para mandar al públi-

co? Pudiera usted tener más respeto y crianza para los que son más que él. — Aquí me echó el hombre una ojeada de arriba abajo, de estas que arrebañan á la persona mirada, de estas que van acompañadas de un gesto particular de los labios, de estas que no se ven sino entre los majos del país. — Nadie es más que yo, don caballero ó don lechuga; si no acomoda, dejarlo. ¡ Mire usted con lo que se viene el seor levosa! A ver, chico, saca un bombé nuevo; ¡ ahí, en el bolsillo de mi chaqueta debo tener uno! — Y al decir esto, salió una mujer y dos ó tres mozos de cuadra, y llegaron á pir cuatro ó seis vecinos y catorce ó quince curiosos transeuntes; y como el calesero hablaba en majo y respondía en desvergonzado, y fumaba y escupía por el colmillo, é insultaba á la gente decente, el auditorio daba la razon al calesero, y le aplaudía, y soltaba la carcajada, y le animaba á seguir: en fin, sólo una retirada á tiempo pudo salvarnos de alguna cosa peor, por la cual se preparaba á hacernos pasar el concurso que allí se había reunido.

¿ Entre qué gentes estamos? me dijo el extranjero asombrado. ¡ Qué modos tan raros se usan en este país! — Oh, es casual, le respondí algo avergonzado de la inculpacion, y seguimos nuestro camino. El dia

habia empezado mal, y yo soy supersticioso con estos dias que empiezan mal; acaban peor.

Tenía mi amigo que arreglar sus papeles, y fué preciso acompañarle á una oficina de policía. — ¡Aquí verá usted, le dije, otra amabilidad y otra finura. La puerta estaba abierta, y naturalmente nos entrábamos; pero no habíamos andado cuatro pasos, cuando una especie de portero vino á nosotros gritándonos: — ¡Eh! ¡Hombre! ¡adónde va usted! Fuera. — Este es pariente del calesero, dije yo para mí; salimos fuera, y sin embargo esperamos el turno. — Vamos dentro: ¿que hacen ustedes ahí parados? dijo de allí á un rato para darnos á entender que ya podíamos entrar. Entramos, saludamos, nos miraron dos oficinistas de arriba abajo, no creyeron que debian contestar al saludo, se pidieron mutuamente papel y tabaco, echaron un cigarro de papel, nos volvieron la espalda, y á una indicacion mia para que nos despachasen, en atencion á que el Estado no les pagaba para fumar, sino para despachar los negocios: — Tenga usted paciencia, respondió uno, que aquí no estamos para servir á usted. — A ver, añadió dentro de un rato: venga eso; y cogió el pasaporte y lo miró. — ¿Y usted quién es? — Un amigo del señor. — ¿Y el señor? algun frances de

estos que vienen á sacarnos los cuartos. — Tenga usted la bondad de prescindir de insultos y ver si está ese papel en regla. — Ya le he dicho á usted que no sea insolente si no quiere usted ir á la cárcel.

Brincaba mi extranjero, y yo le veia dispuesto á hacer un disparate. — Amigo, aquí no hay más remedio que tener paciencia. — ¿Y qué nos han de hacer? — Mucho y malo. — Será injusto. — ¡Buena cuenta! Logré por fin contenerle. — Pues ahora no se le despacha á usted; vuelva usted mañana. — ¿Volver? — Vuelva usted y calle usted. — Vaya usted con Dios.

Yo no me atrevia á mirar á la cara á mi amigo. — ¿Quién es ese señor tan altanero? me dijo al bajar la escalera, y tan fino y tan... ¿Es algun príncipe? — Es un escribiente que se cree la justicia y el primer personaje de la nacion; como está empleado se cree dispensado de tener crianza.

— Aquí tiene todo el mundo esos modales segun voy viendo. — ¡Oh! no; es casualidad. *C' est drôle*, iba diciendo mi amigo, y yo diciendo: ¿Entre qué gentes estamos?

— Mi amigo queria hacerse un pantalon y le llevé á casa de mi sastre. Esta era más negra: mi sastre es hombre que me recibe con sombrero puesto, que me alarga la mano y me la aprieta, me suele dar dos palma-

ditas ó tres, más bien más que ménos, cada vez que me ve; me llama simplemente por mi apellido, á veces por mi nombre como un antiguo amigo; otro tanto hace con todos sus parroquianos, y no me tutea no sé por qué: eso tengo que agradecerle todavía. Mi frances nos miraba á los dos alternativamente; mi sastre se reía, yo mudaba de colores, pero estoy seguro que mi amigo salió creyendo que en España todos los caballeros son sastres ó todos los sastres son caballeros. Por supuesto que el maestro no se descubrió, no se movió de su asiento, no hizo gran caso de nosotros, nos hizo esperar todo lo que pudo, se empeñó en regalarnos un cigarro y en dárnoslo encendido él mismo de su boca; cuantas groserías, en fin, suelen llamarse franquezas entre ciertas gentes. — Era por la mañana; la fatiga y el calor nos habian dado sed: entramos en un café y pedimos sorbetes. — ¡Sorbetes por la mañana! dijo un mozo con voz brutal y gesto de burla. ¡Que si quieres! — ¡Bravo! dije para mí. ¿No presumia yo que el dia habia empezado bien? — Pues traiga V. dos vasos pequeños de limon... — Vaya ¡hombre! anímese V.; tómelos V. grandes, nos dijo entónces el mozo con singular franqueza, si tiene V. cara de sed. — Y V. tiene cara de morir de un sille-tazo, repuse yo ya incomodado; sirva us-

ted con respeto, calle y no se chancee con las personas que no conoce y que están muy léjos de ser sus iguales.

Entre tanto que esto pasaba con nosotros, en un billar contiguo diez ó doce señoritos de muy buenas familias jugaban al billar con el mozo de éste, que estaba en mangas de camisa, que tuteaba á uno, sobaba á otro, insultaba al de más allá y se hombreaba con todos: todos eran unos. ¿Entre qué gentes estamos? repetia yo con admiracion. *¡C'est drôle!* repetia el frances. — ¿Es posible que nadie sepa aquí ocupar su puesto? ¿Hay tal confusion de clases y personas? ¿Para qué cansarme en enumerar los demas casos que de este género en aquel bendito dia nos sucedieron? Recapítule el lector cuántos de éstos le suceden al dia y le están sucediendo siempre, y esos mismos nos sucedieron á nosotros. Hable usted con tres amigos en una mesa de café: no tardará mucho en arrimarse alguno que nadie del corro conozca, y con toda franqueza meterá su baza en la conversacion. Vaya V. á comer á una fonda, y cuente V. con el mozo que ha de servirle como pudiera V. contar con un comensal. Él le bordará á V. la comida con chanzas groseras; él le hará á V. preguntas fraternales y amistosas... él... Vaya V. á una tienda á pedir algo. — ¿Tiene V. tal cosa? — No señor;

aquí no hay. —¿Y sabe V. dónde la encontraría?— ¡Toma! ¡qué sé yo! Búsquela usted. Aquí no hay.— ¿Se puede ver al señor de tal? dice V. en una oficina.— Y aquí es peor, pues ni siquiera contestan no: ¿ha entrado V.? Como si hubiera entrado un perro.—¿Va V. á ver un establecimiento público?—Vea V. qué caras, qué voz, qué expresiones, qué respuestas, qué grosería.—Sea V. grande de España; lleve usted un cigarro encendido. No habrá aguador ni carbonero que no le pida la lumbre, y le detenga en la calle, y le manosee y empuerque su tabaco, y se le vuelva apagado. ¿Tiene V. criados? Haga V. cuenta que mantiene unos cuantos amigos; ellos llaman por su apellido seco y desnudo á todos los que lo sean de V.; hablan cuando habla V., y hablan ellos... ¡Señor! ¡señor! ¿entre qué gentes estamos? ¿Qué orgullo es el que impide á las clases ínfimas de nuestra sociedad acabar de reconocer el puesto que en el trato han de ocupar? ¡Qué trueque es este de ideas y de costumbres!

— Mi frances habia hecho todas estas observaciones, pero no habia hecho la principal; faltábale observar que nuestro país es el país de las anomalías: así que, al concluirse el dia, amigo, me dijo, yo he viajado mucho: ni en Europa, ni en América,

ni en parte alguna del mundo he visto menos aristocracia en el trato de los hombres; éste es el país adonde yo me vendría á vivir; aquí todos los hombres son unos: se cree estar en la antigua Roma. En llegando á París voy á publicar un opúsculo en que pruebe que la España es el país más dispuesto á recibir...

—Alto ahí, señor observador de un día, dije á mi extranjero interrumpiéndole: adivino la idea de V., las observaciones que ha hecho V. hoy son ciertas: la observación general empero que de ellas deduce usted es falsa: esa es una anomalía como otras muchas que nos rodean, y que sólo se podían explicar entrando en pormenores que no son del momento: este es desgraciadamente el país menos dispuesto á lo que V. cree, por más que le parezcan á V. todos unos. No confunda V. la debilidad de la senectud con la de la niñez: ambas son debilidad; las causas son, no obstante, diferentes; esa franqueza, esa aparente confusión y nivelamiento extraordinario no es el de una sociedad que acaba, es el de una sociedad que empieza; porque yo llamo empezar...— ¡Oh! sí, sí entiendo.— *¡C'est drôle! ¡C'est drôle!* repetía mi frances.

— Ahí verá V., repetía yo, entre qué gentes estamos.

LOS CALAVERAS.

ARTÍCULO PRIMERO.

Es cosa que daría qué hacer á los etimologistas y á los anatómicos de lenguas el averiguar el origen de la voz *calavera* en su acepcion figurada, puesto que la propia no puede tener otro sentido que la designacion del craneo de un muerto, ya vacío y descarnado. Yo no recuerdo haber visto empleada esta voz, como sustantivo masculino, en ninguno de nuestros autores antiguos, y esto prueba que esta acepcion picaresca es de uso moderno. La especie, sin embargo, de seres á que se aplica ha sido de todos los tiempos. El famoso Alcibiades era el *calavera* más perfecto de Aténas; el célebre filósofo que arrojó sus tesoros al mar no hizo en eso más que una *calaverada*, á mi entender de muy mal gusto; César, marido de todas las mujeres de Roma, hubiera pasado en el dia por un ex-

celente *calavera*; Marco Antonio, echando á Cleopatra por contrapeso en la balanza del destino del imperio, no podia ser más que un *calavera*; en una palabra, la suerte de más de un pueblo se ha decidido á veces por una simple *calaverada*. Si la historia, en vez de escribirse como un índice de los crímenes de los reyes y una crónica de unas cuantas familias, se escribiera con esta especie de filosofía, como un cuadro de costumbres privadas, se veria probada aquella verdad, y muchos de los importantes trastornos que han cambiado la faz del mundo, á los cuales han solido achacar grandes causas los políticos, encontrarian una clave de muy verosímil y sencilla explicacion en las *calaveradas*.

Dejando aparte la antigüedad (por más mérito que les añada, puesto que hay muchas gentes que no tienen otro), y volviendo á la etimología de la voz, confieso que no encuentro qué relacion puede existir entre un *calavera* y una *calaverada*. ¡Cuánto exceso de vida no supone el primero! ¡Cuánta ausencia de ella no supone la segunda! Si se quiere decir que hay un punto de similitud entre el vacío del uno y de la otra, no tardarémos en demostrar que es un error. Aun concediendo que las cabezas se dividan en vacías y en llenas, y que la ausencia del talento y del juicio se

refiera á la primera clase, espero que por mi artículo se convencerá cualquiera de que para pocas cosas se necesita más talento y buen juicio que para ser *calavera*.

Por tanto, el haber querido dar un aire de apodo y de vilipendio á los *calaveras* es una injusticia de la lengua y de los hombres que acertaron á darle los primeros ese giro malicioso: yo por mí rehusó esa voz; confieso que quisiera darle una nobleza, un sentido favorable, un carácter de dignidad que desgraciadamente no tiene, y así sólo la usaré, porque no teniendo otra á mano, y encontrando esa establecida, aquellos mismos cuya causa defendiendo se harán cargo de lo difícil que me sería darme á entender valiéndome, para designarlos, de una palabra nueva; ellos mismos no se reconocerian, y no reconociéndolos seguramente el público tampoco, vendria á ser inútil la descripción que de ellos voy á hacer.

Todos tenemos algo de *calaveras*, más ó ménos. ¿Quién no hace locuras y disparates alguna vez en su vida? ¿Quién no ha hecho versos, quién no ha creído en alguna mujer, quién no se ha dado malos ratos algun dia por ella, quién no ha prestado dinero, quién no lo ha debido, quién no ha abandonado alguna cosa que le importase por otra que le gustase, quién no

se casa, en fin?... Todos lo somos; pero así como no se llama locos sino á aquellos cuya locura no está en armonía con la de los más, así sólo se llama *calaveras* á aquéllos cuya serie de acciones continuadas son diferentes de las que los otros tuvieran en iguales casos.

El *calavera* se divide y subdivide hasta lo infinito, y es difícil encontrar en la naturaleza una especie que presente al observador mayor número de castas distintas: tienen todas, empero, un tipo comun de donde parten, y en rigor sólo dos son las calidades esenciales que determinan su sér, y que las reúnen en una sola especie: en ellas se reconoce al *calavera*, de cualquier casta que sea.

1.º El *calavera* debe tener por base de su sér lo que se llama *talento natural* por unos; *despejo* por otros; *viveza* por los más; entiéndase esto bien; *talento natural*, es decir, no cultivado. Esto se explica: toda clase de estudio profundo, ó de extensa instrucción, sería lastre demasiado pesado que se opondría á esa ligereza, que es una de sus más amables cualidades.

2.º El *calavera* debe tener lo que se llama en el mundo *poca aprension*. No se interprete esto tampoco en mal sentido. Todo lo contrario. Esta *poca aprension* es aquella indiferencia filosófica con que conside-

ra *el qué dirán* el que no hace más que cosas naturales, el que no hace cosas vergonzosas. Se reduce á arrostrar en todas nuestras acciones la publicidad, á vivir ante los otros, más para ellos que para uno mismo. El *calavera* es un hombre público cuyos actos todos pasan por el tamiz de la opinion, saliendo de él más depurados. Es un espectáculo cuyo telon está siempre descorrido; quítensele los espectadores, y adios teatro. Sabido es que con mucha aprension no hay teatro.

El *talento natural*, pues, y la *poca aprension*, son las dos cualidades distintas de la especie: sin ellas no se da *calavera*. Un tonto, un timorato del *qué dirán*, no lo serán jamas. Sería tiempo perdido.

El *calavera* se divide en *silvestre* y *doméstico*.

El *calavera silvestre* es hombre de la plebe, sin educacion ninguna y sin modales; es el capataz del barrio, tiene honores de jaque, habla andaluz; su conversacion va salpicada de chistes; enciende un cigarro en otro, escupe por el colmillo; convida siempre, y nadie paga donde está él; es chulo nato: dos cosas son indispensables á su existencia; la querida, que es manola, condicion *sine qua non*, y la navaja, que es grande: por un quítame allá esas pajas le da honrosa sepultura en un cuerpo hu-

mano. Sus manos siempre están ocupadas: ó empaqueta el cigarro, ó saca la navaja, ó tercia la capa, ó se cala el chapeo, ó se aprieta la faja, ó vibra el garrote: siempre está haciendo algo. Se le conoce á larga distancia, y es bueno dejarle pasar como al jabalí. ¡Ay del que mire á su Dulcinea! ¡Ay del que la tropiece! Si es hombre de levita, sobre todo, si es un señorito delicado, más le valiera no haber nacido. Con esa especie está á matar, y la mayor parte de sus calaveradas recaen sobre ella; se perece por asustar á uno, por desplumar á otro. El *calavera silvestre* es el gato del *lechuguino*: así es que éste le ve con terror; de quimera en quimera, de *qué se me da á mí* en *qué se me da á mí*, pára en la cárcel; á veces en presidio; pero esto último es raro: se diferencia esencialmente del ladrón en su condición generosa: da y no recibe; puede ser homicida, nunca asesino. Este *calavera* es esencialmente español.

El *calavera doméstico* admite diferentes grados de civilización, y su cuna, su edad, su educación, su profesión, su dinero le subdividen después en diversas castas. Las principales son las siguientes.

El *calavera lampiño* tiene catorce ó quince años, lo más diez y ocho. Sus padres no pudieron nunca hacer carrera con él: le metieron en el colegio para quitársele

de encima, y hubieron de sacarle porque no dejaba allí cosa con cosa. Miétras que sus compañeros más laboriosos devoraban los libros para entenderlos, él los despedazaba para hacer balitas de papel, las cuales arrojaba disimuladamente y con singular tino á las narices del maestro. A pesar de eso, el dia del exámen el talento profundo y tímido se cortaba, y nuestro audaz muchacho repetia con osadía las cuatro voces tercas que habia recogido aquí y allí, y se llevaba el premio. Su carácter resuelto ejercia predominio sobre la multitud, y capitaneaba por lo regular las pandillas y los partidos. Despreciador de los bienes mundanos, su sombrero, que le servia de blanco ó de pelota, se distinguia de los demas sombreros como él de los demas jóvenes.

En carnaval era el que ponía las mazas á todo el mundo, y áun las manos encima si tenían la torpeza de enfadarse; si era descubierto hacía pasar á otro por el culpable, ó sufría en el último caso la pena con valor, y riéndose todavía del feliz éxito de su travesura. Es decir que el *calavera*, como todo el que ha de ser algo en el mundo, comienza á descubrir desde su más tierna edad el gérmen que encierra. El número de sus hazañas era infinito. Un maestro habia perdido unos anteojos, que se habian encontrado en su faltriquera: el

rapé de otro habia pasado al chocolate de sus compañeros, ó á las narices de los gatos, que recorrian bufando los corredores con gran risa de los más juiciosos; la peluca del maestro de matemáticas habia quedado un dia enganchada en un sillón, al levantarse el pobre Euclídes, con notable perturbacion de un problema que estaba por resolver. Aquel dia no se despejó más incógnita que la calva del buen señor.

Fuera ya del colegio, se trató de sujetarle en casa y se le puso bajo llave, pero á la mañana siguiente se encontraron colgadas las sábanas de la ventana; el pájaro habia volado; y como sus padres se convencieron de que no habia forma de contenerle, convinieron en que era preciso dejarle. De aquí fecha la libertad del *lampiño*. Es el más pesado, el más incómodo: careciendo todavía de barba y de reputacion, necesita hacer dobles esfuerzos para llamar la pública atencion, privado él de medios, le es forzoso afectarlos. Es risa oírle hablar de las mujeres como un hombre ya maduro, sacar el reloj como si tuviera que hacer: contar todas sus acciones del dia como si pudieran importarle á alguien, pero con despejo, con soltura, con aire cansado y corrido.

Por la mañana madrugó porque tenia una cita: á las diez se vino á encargar el

billete para la ópera, porque hoy daría cien onzas por un billete; no puede faltar. ¡Estas mujeres le hacen á uno hacer tantos disparates! A media mañana se fué al billar; aunque hijo de familia, no come nunca en casa; entra en el café metiendo mucho ruido, su duro es el que más suena; sus bienes se reducen á algunas monedas que debe de vez en cuando á la generosidad de su mamá, ó de su hermana, pero los luce sobremanera. El billar es su elemento; los intervalos que le diga libre el juego suéleselos ocupar cierta clase de mujeres, únicas que pueden hacerle cara todavía, y en cuyo trato toma sus peregrinos conocimientos acerca del corazón femenino. A veces el *calavera-lampião* se finge malo para darse importancia; y si puede estarlo de véras, mejor; entónces está de enhorabuena. Empieza asimismo á fumar, es más cigarro que hombre, jura y perjura y habla detestablemente; su boca es una sentina, si bien tal vez con chiste. Va por la calle deseando que álguien le tropiece; y cuando no lo hace nadie, tropieza él á alguno; su honor entónces está comprometido, y hay de fijo un desafío; si éste acaba mal, y si mete ruido, en aquel mismo punto empieza á tomar importancia; y entrando en otra casta, como la oruga que se torna mariposa, deja de ser *calavera-*

lampiño. Sus padres, que ven por fin decididamente que no hay forma de hacerle abogado, le hacen meritorio; pero como no asiste á la oficina, como bosqueja en ella las caricaturas de los jefes, porque tiene el instinto del dibujo, se muda de bisiesto y se trata de hacerlo militar: en cuanto está declarado irremisiblemente mala cabeza se le busca una charretera, y si se encuentra, ya es un hombre hecho.

Aquí empieza el *calavera-temeron*, que es el gran *calavera*. Pero nuestro artículo ha crecido debajo de la pluma más de lo que hubiéramos querido, y de aquello que para un periódico convendría: ¡tan fecunda es la materia! Por tanto, nuestros lectores nos concederán algún ligero descanso, y remitirán al número siguiente su curiosidad si alguna tienen.

ARTÍCULO SEGUNDO Y CONCLUSION.

Quedábamos al fin de nuestro artículo anterior en el *calavera-temeron*. Éste se divide en paisano y militar; si el influjo no fué bastante para lograr su charretera (porque alguna vez ocurre que las charreteras

se dan por influjo), entónces es paisano: pero no existe entre uno y otro más que la diferencia del uniforme. Verdad es que es muy esencial, y más importante de lo que parece; el uniforme ya es la mitad. Es decir, que el paisano necesita hacer dobles esfuerzos para darse á conocer; es una casa pública sin muestra; es preciso saber que existe para entrar en ella. Pero por un contraste singular el *calavera-temeron*, una vez militar, afecta no llevar el uniforme, viste de paisano, salvo el bigote; sin embargo, si se examina el modo suelto que tiene de llevar el frac ó la levita, se puede decir que hasta este traje es uniforme en él. Falta la plata y el oro, pero queda el despejo y la marcialidad, y eso se trasluce siempre; no hay paño bastante negro ni tupido que le ahogue.

El *calavera-temeron* tiene indispensablemente, ó ha tenido alguna temporada una cerbatana, en la cual adquiere singular tino. Colocado en alguna tienda de la calle de la Montera, se parapeta detras de dos ó tres amigos, que fingen discurrir seriamente.

— Aquel viejo que viene allí: ¡mírale que serio viene!— Sí; al de la casaca verde, ¡va bueno! Dejad, dejad. ¡Pum! en el sombrero. Seguid hablando y no mireis.

Efectivamente, el sombrero del buen

hombre produjo un sonido seco; el acometido se pára, se quita el sombrero, lo examina.

— ¡Ahora! dice la turba. — ¡Pum! otra en la calva. El viejo da un salto y echa una mano á la calva; mira á todas partes..... nada.

— ¡Está bueno! dice por fin, poniéndose el sombrero; algun pillastre..... bien podia irse á divertir....

— ¡Pobre señor! dice entónces el *calavera*, acercándosele; ¿le han dado á usted? es una desvergüenza..... ¿pero le han hecho á usted mal?....

— No, señor, felizmente.

— ¿Quiere usted algo?

— Tantas gracias.

Despues de haber dado gracias, el hombre se va alejando, volviendo poco á poco la cabeza á ver si descubria..... pero entónces el *calavera* le asesta su último tiro, que acierta á darle en medio de las narices, y el hombre derrotado aprieta el paso, sin tratar ya de averiguar de dónde procede el fuego; ya no piensa más que en alejarse. Suéltase entónces la carcajada en el corrillo, y empiezan los comentarios sobre el viejo, sobre el sombrero, sobre la calva, sobre el frac verde. Nada causa más risa que la extrañeza y el enfado del pobre; sin embargo, nada más natural.

El *calavera-temeron* escoge á veces para su centro de operaciones la parte interior de una persiana; este medio permite más abandono en la risa de los amigos, y es el más oculto; el *calavera* fino le desdeña por poco expuesto.

A veces se dispara la cerbatana en guerrilla; entónces se escoge por blanco el farolillo de un escarolero, el fanal de un confintero, las botellas de una tienda; objetos todos en que produce el barro cocido un sonido sonoro y argentino. ¡Pim! las ansias mortales, las agonías, y los votos del gallego y del fabricante de merengues, son el alimento del *calavera*.

Otras veces el *calavera* se coloca en el confin de la acera, y fingiendo buscar el número de una casa, ve venir á uno, y andando con la cabeza alta, arriba, abajo, á un lado, á otro, sortea todos los movimientos del transeunte, cerrándole por todas partes el paso á su camino. Cuando quiere poner un término á la escena, finge tropezar con él, y le da un pisoton; el otro entónces le dice; *perdone usted*: y el *calavera* se incorpora con su gente.

A los pocos pasos, se va con los brazos abiertos á un hombre muy formal, y ahogándole entre ellos.—Pepe, exclama: *¿cuándo has vuelto?* ¡Sí, tú eres! Y lo mira: el hombre, todo aturdido, duda si es un co-

nocido antiguo..... y tartamudea..... Fin-
giendo entónces la mayor sorpresa: ¡Ah!
usted perdone, dice retirándose el *calave-
ra*: creí que era usted un amigo mio.....—
No hay de qué.—Usted perdone. ¡Qué
diantre! No he visto cosa más parecida.

Si se retira á la una ó las dos de su ter-
tulia, y pasa por una botica, llama: el
mancebo, medio dormido, se asoma á la
ventanilla.—¿Quién es?—Dígame usted,
pregunta el *calavera*, ¿tendria usted espo-
lines?

Cualquiera puede figurarse la respuesta:
feliz el mancebo, si en vez de hacerle esa
sencilla pregunta, no le ocurre al *calave-
ra* asirle de las narices al traves de la re-
jilla, diciéndole:—Retírese usted; la noche
está muy fresca; y puede usted atrapar un
constipado.

Otra noche llama á deshoras á una puer-
ta.—¿Quién? pregunta de allí á un rato
un hombre que sale al balcon medio des-
nudo.—Nada, contesta: soy yo, á quien no
conoce, que no queria irme á mi casa sin
darle á usted las buenas noches.—¡Bri-
bon! ¡insolente! si bajo.....—A ver cómo
baja usted: baje usted: usted perderia más:
figúrese usted dónde estaré yo cuando us-
ted llegue á la calle. Con que buenas no-
ches: sosiéguese usted, y que usted des-
canse.

Claro está que el *calavera* necesita espectadores para todas estas escenas: sólo lo son en cuanto pueden comunicarse; por tanto el *calavera* cria á su alrededor constantemente una pequeña corte de aprendices, ó de meros curiosos, que no teniendo valor ó gracia bastante para serlo ellos mismos, se contentan con el papel de cómplices y partícipes: éstos le miran con envidia, y son las trompetas de su fama.

El *calavera-langosta* se forma del anterior, y tiene el aire más decidido, el sombrero más ladeado, la corbata más *negligé*: sus hazañas son más serias; éste es aquél que se reúne en pandillas: semejante á la *langosta*, de que toma nombre, tala el campo donde cae; pero, como ella, no es de todos los años, tiene temporadas; y como en el día no es de lo más en boga, pasaremos muy rápidamente sobre él. Concorre á los bailes llamados de *candil*, donde entra sin que nadie le presente, y donde su sola presencia difunde el terror: arma camorra, apaga las luces y se escurre ántes de la llegada de la policía y despues de haber dado unos cuantos palos á derecha é izquierda: en las máscaras suele mover también su zipizape: en viendo una figura antipática, dice: *aquel hombre me carga*; se va para él, y le aplica un bofetón: de diez hombres que reciban bofetón, los nueve se

quedan tranquilamente con él: pero si alguno quiere devolverle, hay desafío; la suerte decide entónces, porque el *calavera* es valiente: éste es el difícil de mirar: tiene un duelo hoy con uno que le miró de frente, mañana con uno que le miró de soslayo, y al dia siguiente lo tendrá con otro que no le mire: éste es el que suele ir á las casas públicas con ánimo de no pagar; éste es el que talla y apunta con furor; es jugador, griego nato, y gran billarista ademas. En una palabra, éste es el venenoso, el *calavera-plaga*: los demas divierten; éste mata.

Dos líneas más allá de éste está otra casta, que nosotros rehusaremos desde luego; el *calavera-tramposo*, ó trapalon, el que hace deudas, el parásito, el que comete á veces picardías, el que empresta para no devolver, el que vive á costa de todo el mundo, etc., etc.; pero éstos no son verdaderamente calaveras; son indignos de este nombre: esos son los que desacreditan el oficio, y por ellos pierden los demas. No los reconocemos.

Sólo tres clases hemos conocido más detestables que ésta: la primera es comun en el dia; y como al describirla habríamos de rozarnos con materias muy delicadas, y para nosotros respetables, no harémos más que indicarla. Queremos hablar del

calavera cura. Vuelvo á pedir perdon ; pero ¿quién no conoce en el dia algun sacerdote de esos que , queriendo pasar por hombres despreocupados y limpiarse de la fama de carlistas , dan en el extremo opuesto ; de esos que para exagerar su liberalismo y su ilustracion empiezan por llorar su ministerio ; á quienes se ve siempre alrededor del tapete y de las bellas en bailes y en teatros, y en todo paraje profano, vestidos siempre y hablando mundanamente ; que hacen alarde de....? Pero nuestros lectores nos comprenden. Este *calavera* es detestable, porque el cura liberal y despreocupado debe ser el más timorato de Dios, y el mejor morigerado. No creer en Dios y decirse su ministro, ó creer en él y faltarle descaradamente, son la hipocresía ó el crimen más hediondos. Vale más ser cura carlista de buena fe.

La segunda de estas aborrecibles castas es el *viejo-calavera*, planta como la caña, hueca y árida con hojas verdes. No necesitamos describirla ni dar las razones de nuestro fallo. Recuerde el lector esos viejos que conocerá, un decrépito que persigue á las bellas, y se roza entre ellas como se arrastra un caracol entre las flores, llenándolas de baba ; un viejo sin órden, sin casa, sin método..... el jóven, al fin, tiene delante de sí tiempo para la enmienda y disculpa

en la sangre ardiente que corre por su venas; el *viejo-calavera* es la torre antigua y cuarteada que amenaza sepultar en su ruina la planta inocente que nace á sus piés: sin embargo, éste es el único á quien cuadraria el nombre de *calavera*.

La tercera, en fin, es la *mujer-calavera*. La mujer con *poca aprension*, y que prescinde del primer mérito de su sexo, de ese miedo á todo, que tanto le hermosea; cesa de ser mujer para ser hombre; es la confusion de los sexos, el único hermafrodita de la naturaleza: ¿qué deja para nosotros? La mujer, reprimiendo sus pasiones, puede ser desgraciada, pero no le es lícito ser *calavera*. Cuanto es interesante la primera, tanto es despreciable la segunda.

Despues del *calavera-temeron* hablaremos del *seudo-calavera*. Éste es aquél que sin gracia, sin ingenio, sin viveza y sin valor verdadero, se esfuerza para pasar por *calavera*: es género bastardo, y pudiérasele llamar, por lo pesado y lo enfadoso, el *calavera-mosca*. *Rien n' est beau que le vrai*, ha dicho Boileau, y en esta sentencia se encierra toda la crítica de esa apócrifa casta.

Dejando, por fin, á un lado otras várias, cuyas diferencias estriban principalmente en matices y en medias tintas, pero que en realidad se refieren á las castas madres de que hemos hablado, concluirémos nuestro

cuadro con un ligero bosquejo de la más delicada y exquisita, es decir, del *calavera de buen tono*.

El *calavera de buen tono* es el tipo de la civilización, el emblema del siglo XIX. Perteneciendo á la primera clase de la sociedad, ó debiendo á su mérito y á su carácter la introducción en ella, ha recibido una educación esmerada; dibuja con primor y toca un instrumento; filarmónico nato, dirige el aplauso en la ópera, y le dirige siempre á la más graciosa ó á la más sentimental: más de una mala cantatriz le es deudora de su boga: se ríe de los actores españoles y acaudilla las silbas contra el verso: sus carcajadas se oyen en el teatro á larga distancia: por el sonido se le encuentra: reside en la luneta al principio del espectáculo, donde entra tarde en el paso más crítico, y del cual se va temprano: reconoce los palcos, donde habla muy alto, y rara noche se olvida de aparecer un momento por la *tertulia* á asestar su doble antejo á la banda opuesta. Maneja bien las armas y se bate á menudo, semejante en eso al *temeron*, pero siempre con fortuna y á primera sangre: sus duelos rematan en almuerzo, y son siempre por poca cosa. Monta á caballo y atropella con gracia á la gente de á pié: habla el francés, el inglés y el italiano: saluda en una lengua,

contesta en otra , cita en las tres : sabe casi de memoria á Paul de Kock, ha leído á Walter Scot , á D'Arlinecourt , á Cooper , no ignora á Voltaire, cita á Pigault-le-Brun, mienta á Ariosto y habla con desenfado de los poetas y del teatro. Baila bien y baila siempre. Cuenta anécdotas picantes, le suceden cosas raras, habla de prisa y tiene *salidas*. Todo el mundo sabe lo que es tener *salidas*. Las suyas se cuentan por todas partes; siempre son originales : en los casos en que él se ha visto, sólo él hubiera hecho, hubiera respondido aquello. Cuando ha dicho una gracia tiene el singular tino de marcharse inmediatamente : esto prueba gran conocimiento: la última impresion es la mejor de esta suerté, y todos pueden quedar riendo y diciendo además de él : *¡ Qué cabeza! ¡ Es mucho fulano!*

No tiene formalidad , ni vuelve visitas, ni cumple palabras; pero de él es de quien se dice: *¡ Cosas de fulano!* y el hombre que llega á tener *cosas*, es independiente. Niéguesenos, pues, ahora que se necesita talento y buen juicio para ser *calavera*. Cuando otro falta á una mujer, cuando otro es insolente, él es sólo atrevido, amable; las bellas que se enfadarían con otro, se contentan con decirle á él: *¡ No sea usted loco! ¡ Qué calavera! ¿ Cuándo ha de sentar usted la cabeza?*

Cuando se concede que un hombre está loco, ¿cómo es posible enfadarse con él? Sería preciso ser más loca todavía.

Dichoso aquél á quien llaman las mujeres *calavera*, porque el bello sexo gusta sobremanera de toda especie de fama; es preciso conocerle, fijarle, probar á sentarle, es una obra de caridad. El *calavera de buen tono* es, pues, el adorno primero del siglo, el que anima un círculo, el Cupido de las damas, *l'enfant gaté* de la sociedad y de las hermosas.

Es el único que ve el mundo y sus cosas en su verdadero punto de vista: desprecia el dinero, le juega, le pierde, le debe; pero siempre noblemente y en gran cantidad: trata, frecuenta, quiere á alguna bailarina ó á alguna operista; pero amores volanderos; mariposa ligera, vuela de flor en flor. Tiene algun amor sentimental, y no está nunca sin intrigas, pero intrigas de peligro y consecuencia: es el terror de los padres y de los maridos. Sabe que, semejante á la moneda, sólo toma su valor de su curso y circulacion, y por consiguiente no se adhiere á una mujer sino el tiempo necesario para que se sepa. Una vez satisfecha la vanidad, ¿qué podria hacer de ella? El estancarse sería perecer; se creeria falta de recursos ó de mérito su constancia. Cuando su boga decae, la reanima con

algun escándalo ligero; un escándalo es para la fama y la fortuna del *calavera* un leño seco en la lumbre: una hermosa ligeramente comprometida, un marido batido en duelo, son sus despachos y su pasaporte: todas le obsequian, le pretenden, se le disputan. Una mujer arruinada por él, es un mérito contraído para con las demas. El hombre no *calavera*, el hombre de *talento y juicio* se enamora, y por consiguiente es víctima de las mujeres: por el contrario, las mujeres son las víctimas del *calavera*. Dígasenos ahora si el hombre de *talento y juicio* no es un necio á su lado.

El fin de éste es la edad misma; una posicion social nueva, un empleo distinguido, una boda ventajosa, ponen término honroso á sus inocentes travesuras. Semejante entónces al sol en su ocaso, se retira majestuosamente, dejando, si se casa, su puesto á otros, que vengan en él á la sociedad ofendida, y cobran en el nuevo marido, á veces con crecidos intereses, las letras que él contra sus antecesores girára.

Sólo una observacion general harémos ántes de concluir nuestro artículo acerca de lo que se llama en el mundo vulgarmente *calaveradas*. Nos parece que éstas se juzgan siempre por los resultados: por consiguiente, á veces una línea imperceptible divide únicamente al *calavera* de ge-

nio, y la suerte caprichosa los separa ó los confunde en una para siempre. Supóngase que Cristóbal Colon perece víctima del furor de su gente ántes de encontrar el Nuevo Mundo, y que Napoleon es fusilado de vuelta de Egipto, como acaso merecia: la intentona de aquél y la insubordinacion de éste hubieran pasado por dos *calaveradas*, y ellos no hubieran sido más que dos *calaveras*. Por el contrario, en el dia están sentados en el gran libro como dos *grandes hombres: dos genios*.

Tal es el modo de juzgar de los hombres. sin embargo, eso se aprecia, eso sirve muchas veces de regla. Y ¿por qué?... Porque tal es la *opinion pública*.

YO QUIERO SER CÓMICO.

Anché io son pittore.

No fuera yo Fígaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si no sacára á luz pública cierta visita que no ha muchos dias tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vueltas sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo á muchas gentes que conózco, y me hallaba en la mayor perplegidad sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones eligiria para un artículo que me correspondia ingerir aquel dia en la Revista. Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocia toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está siempre un

hombre de buen humor ó de buen talante para comunicar el suyo á los demas. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque miéntras yo no haga más que cumplir con las obligaciones de fiel cronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pependencias por una sátira más ó ménos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogeria por más inocente, y no encontraba por cierto mucho que escoger, cuando me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un artículo, al anunciarme mi criado á un jóven que me queria hablar indispensablemente.

Pasó adelante el jóven haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos é inclinaciones, ó su humor del momento para conformarse prudentemente con él, y dando tormento á los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplegase á mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzadamente sumisa y cariñosa.

—¿Es usted el redactor llamado Fígaro?

—¿Qué tiene usted que mandarme?

—Vengo á pedirle un favor..... ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!

—Es claro..... Si usted me necesita.....

—Un favor de que depende mi vida acaso..... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!

—Por supuesto..... siendo el favor de tanto interes para usted.....

—Yo soy un jóven.....

—Lo presumo.

—Que quiero ser cómico, y dedicarme al teatro.....

—¿Al teatro?

—Sí, señor..... como el teatro está cerrado ahora.....

—Es la mejor ocasion.

—Como estamos en Cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearia que usted me recomendase.....

—¡Bravo empeño!—¿A quién?

—Al ayuntamiento.

—¡Hola! ¿Ajusta el ayuntamiento?

—Es decir, á la empresa.

—¡Ah! ¿Ajusta la empresa?

—Le diré á usted..... segun algunos, esto no se sabe..... pero..... para cuando se sepa.

—En ese caso no tiene usted prisa, porque nadie la tiene.....

—Sin embargo, como yo quiero ser cómico.....

—Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

—¿Cómo? ¿se necesita saber algo?

—No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor.....

—Por eso; yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con ese pié en una corporacion.

—Ya le entiendo á usted: usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted el castellano?

—Lo que usted ve..... para hablar, las gentes me entienden.....

—Pero la gramática, y la propiedad, y...

—No, señor, no.

—Bien, ¡eso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latin, y habrá estudiado humanidades, bellas letras.....

—Perdone usted.....

—Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá, y podrá verter sus ideas en las tablas.

—Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aquí si he leído una sola línea de eso, ni he oído hablar tampoco..... mire usted.....

— No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectacion todas las letras de una palabra, y decir unas veces por otras, *actitud* por *aptitud*, y *aptitud* por *actitud*, *diferencia* por *diferencia*, *háyamos* por *hayamos*, *dracmático* por *dramático*, y otras semejantes?

— Sí, señor, sí, todo eso digo yo.

— Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso. ¿Aprendió usted historia?

— No, señor; no sé lo que es.

— Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos.....

— Nada, nada, no, señor.

— Perfectamente.

— Le diré á usted..... en cuanto á trajes, ya sé que en siendo muy antiguo siempre á la romana.

— Esto es: aunque sea griego el asunto.

— Sí, señor: si no es tan antiguo, á la antigua francesa ó á la antigua española; segun..... ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es más moderno ó del dia, levita á la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacon y media en los padres.

— ¡Ah! ¡ah! Muy bien.

— Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galan ó á la dama, segun el

sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme á lo que ellos tienen en sus arcas, así.....

— ¡Bravo!

— Porque ellos suelen saberlo.

— ¿Y cómo presentará usted un carácter histórico?

— Mire usted: el papel lo dirá, y luego como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar sólo para desmentirle á uno..... además que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros.....

— ¡Ah! ya..... usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no.....

— No es gran cosa; pero eso no es esencial.

— ¿Y de educación, de modales y usos de sociedad, á qué altura se halla usted?

— Mal; porque si va á decir verdad, yo soy pobrecillo: yo era escribiente en una mala administración; me echaron por holgazan, y me quiero meter cómico; porque se me figura á mí que es oficio en que no hay nada que hacer.....

— Y tiene usted razón.

— Todo lo hace el apunte, y..... por consiguiente no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté á ninguno de ellos.

— Ni conocerá usted el mundo, ni el corazón humano.

— Escasamente.

— ¿Y cómo representará usted tantos caracteres distintos?

— Le diré á usted: si hago de rey, de príncipe ó de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro á mis compañeros y mandaré con mucho imperio.....

— Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados, desde que nacen, á ser obedecidos á la menor indicacion, mandan poco y sin dar gritos.....

— Sí, pero ¡ya ve usted! en el teatro es otra cosa.

— Ya me hago cargo.

— Por ejemplo; si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras ó en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi baston de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas.....

— No se puede hacer más.

— Si hago de delincuente, me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes.....

— Muy bien.

— Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos..... Si hago un calavera, muchos brincos y zapatas, carreritas de piés y lengua, vueltas rápidas y habla ligera..... Si hago un barba, andaré á compas, como un juego de escarpas, me temblarán siempre las manos como perlático ó desconyuntado; y aunque el papel no apunte más de cincuenta años, haré del tarato y decrépito, y apoyaré mucho la voz con intencion marcada en la moraleja, como quien dice á los espectadores: ‘allá va esto para ustedes.’

— ¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

— ¡Oh! disformes; tengo una que me coge desde las narices hasta el colodrillo; bien que ésta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aún para diario tengo otras, tales que no se me vé la cara con ellas.

— ¿Y los graciosos?

— Esto es lo más fácil: estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequin.....

— Usted hará furor.

— ¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa á aplausos. Y especialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intencion ó lucimiento que en mi parte se presenten.

— ¿Y memoria?

— No es cosa la que tengo; y áun esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida se le lanzan de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: ¡Ven ustedes qué hombre!

— Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole á usted la relacion del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oír á un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

— Sí, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relacion se dice cualquier tontería, y el público se la ríe. ¡Es tan guapo el público! ¡si usted viera!

— Ya sé ¡ya!

— Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa: pues ni se enfada, ni ménos lo nota. Así es que

no hay nada más comun que añadir.....

— ¡Ya se ve, que hacen muy bien! Pues señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?

— ¡Vaya! en comedias caseras. He alborotado con el García y el Delincuente Honrado.

— No más, no más; le digo á usted que usted será cómico. Dígame usted, ¿sabrás usted hablar mal de los poetas y despreciarlos, aunque no los entienda; alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es, ó por el verso mas que no entienda siquiera lo que es prosa?

— ¿Pues no tengo de saber, señor? eso lo hace cualquiera.

— ¿Sabrás usted quejarse amargamente, y entablar una querrela criminal contra el primero que se atreva á decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresaliente? ¿sabrás usted decir de los periodistas que quién son ellos para?...

— Vaya si sabré; precisamente ese es el tema nuestro de todos los dias. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado: «Venga usted acá, mancebo generoso, exclamé todo alborozado; venga usted acá, flor y nata de la

andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro, en que sólo comían los hombres bellotas y pacían á su libertad por los bosques, sin la distincion del tuyo y del mio. Usted será cómico en fin, ó se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.»

Diciendo estas y otras razones, despedí á mi candidato, prometiéndole las más eficaces recomendaciones.

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Cartas á Andres Niporesas por el bachiller D. Juan Perez Munquía.	5
Cartas de Andres Niporesas al Bachiller	33
Empeños y desempeños.	53
El casarse pronto y mal.	67
El castellano viejo.	80
Vuelva V. mañana.	98
El mundo todo es máscaras ; todo el año es carnaval.	115
La polémica literaria.	135
¿ Entre qué gentes estamos ?	145
Los calaveras.	156
Yo quiero ser cómico.. . . .	179

INDICE

Página

115 los carnavales
132 la política literaria
145 ¿Entre qué gentes estamos?
152 los salares
179 Yo quiero ser cómico
88 Yulya V. mañana
80 El castellano viejo
67 Al casarse pronto y mal
58 Bumpes y desampesos
38 Cartas de Andrés Bóporosa al Fachiller
3 ller D. Juan Pérez Marduta
	Cartas á Andrés Bóporosa por el bachiller